



Reis. Revista Española de Investigaciones
Sociológicas

ISSN: 0210-5233

consejo.editorial@cis.es

Centro de Investigaciones Sociológicas
España

Torcal, Mariano; Montero, José Ramón; Gunther, Richard
Ciudadanos y partidos en el sur de Europa: los sentimientos antipartidistas
Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, núm. 101, 2003, pp. 9-48
Centro de Investigaciones Sociológicas
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99717912001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Ciudadanos y partidos en el sur de Europa: los sentimientos antipartidistas*

Mariano Torcal

Universitat Pompeu Fabra

José Ramón Montero

Universidad Autónoma de Madrid

Richard Gunther

Ohio State University

RESUMEN

Este artículo explora las actitudes antipartidistas de los ciudadanos, un supuesto rasgo de las democracias occidentales tan frecuentemente aducido como escasamente estudiado. En el análisis empírico de cuatro países del sur de Europa hemos encontrado que las orientaciones antipartidistas presentan dos dimensiones. Una de ellas, a la que hemos llamado antipartidismo «reactivo», parece cambiar en respuesta a circunstancias políticas coyunturales. La otra dimensión, denominada antipartidismo «cultural», está caracterizada por su estabilidad y su vinculación con bajos niveles educativos y cotas reducidas de información política. Y mientras que el antipartidismo reactivo no tiene implicaciones actitudinales o participativas significativas, el cultural parece formar parte de un síndrome más amplio de desafección política.

Palabras clave: Actividades Políticas, Partidos Políticos, Europa.

* Este artículo es una versión reducida del capítulo incluido en el libro, editado por R. Gunther, J. R. Montero y Juan J. Linz, *Political parties: old concepts and new challenges*, que será publicado por Oxford University Press. Queremos agradecer la ayuda prestada por Mário Bacalhau, Thomas Poguntke, Paolo Segatti y Ángel Valencia, la traducción de Luis Ramiro, las facilidades del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March, y la financiación del Ministerio de Ciencia y Tecnología (SEC2000-0758-C02-01).

A lo largo de las últimas dos décadas, se ha sostenido que una cierta «crisis de confianza» ha socavado el apoyo de los ciudadanos a numerosas instituciones políticas¹. La imagen pública de los partidos políticos habría sufrido especialmente este deterioro (Listhaug y Wiberg, 1995). Tanto en Estados Unidos como en muchos países europeos, la expresión «crisis de los partidos» se ha convertido en algo común, que a menudo forma parte de una crítica generalizada a otras instituciones democráticas, entre las que se incluirían el Parlamento y, en términos más generales, las élites políticas o los «políticos»². En 1992, el término *Parteienverdrossenheit* (traducible como «irritación con los partidos» o «crisis de aceptación de los partidos») fue «la palabra del año» en Alemania debido a su capacidad para reflejar el tono de las reacciones contra los partidos (Immerfall, 1993; Eilfort, 1995). Aunque este término se refería específicamente a los partidos alemanes, podría aplicarse igualmente a las percepciones públicas en otros muchos países, donde «los partidos son vistos como predominantemente interesados en sí mismos, riñendo eternamente en vez de esforzarse por conseguir el bien común, incapaces de idear políticas consistentes y propensos a la corrupción» (Poguntke, 1996: 320). En general, la retórica antipartidista se ha convertido ya en un elemento familiar del discurso político en muchas democracias modernas (Poguntke y Scarrow, 1996). De este modo, el supuesto declive de los partidos ha pasado a convertirse en una de las preocupaciones de periodistas, ensayistas y científicos sociales.

Los politólogos que han escrito sobre este tema pueden dividirse en dos grandes categorías. Un grupo incluye a quienes concentran su análisis tanto en las estructuras organizativas, las funciones y los miembros de los partidos, así como en sus actuaciones en el gobierno y en las instituciones representativas. Este grupo ha producido una abundante literatura basada en investigaciones empíricas de tipo cuantitativo³. Un segundo grupo se ha preocupado más por las actitudes de los ciudadanos hacia los partidos. Pero sus estudios empíricos raramente han abordado la cuestión del declive en el apoyo público a los partidos, y se han dirigido en mayor medida a cuestiones como la evolución de la identificación partidista, de la participación electoral o de los vínculos sociales que unen a los partidos con los ciudadanos⁴. A pesar del creciente interés por el tema, los trabajos empíricos

¹ Véase el ya clásico libro de Lipset y Schneider (1983), así como los volúmenes editados por Klingemann y Fuchs (1995), Nye, Zelikow y King (1997), Norris (1999), y Pharr y Putnam (2000).

² Véanse Daalder (de próxima publicación), Wattenberg (1990), Aldrich (1995: cap. 1), Mair (1997: cap. 2), Putnam, Pharr y Dalton (2000), y Torcal (2000).

³ Algunos ejemplos incluyen a Lawson y Merkl (1988), Selle y Svasánd (1991), Müller (1993), Webb (1995), Mair (1995), Strøm y Svåsand (1997), Clarke y Stewart (1998), y Dalton y Wattenberg (2000).

⁴ Véanse, por ejemplo, Dalton, Flanagan y Beck (1984), Clarke y Suzuki (1994), Schmitt y Holmberg (1995), Miller y Shanks (1996: cap. 7), y Dalton, McAllister y Wattenberg (2000).

aparecidos sobre el alcance y los posibles orígenes de las actitudes antipartidistas han sido sorprendentemente escasos (Linz, 2002). En este artículo esperamos subsanar en alguna medida tan llamativa laguna, explorando sistemáticamente las actitudes de los ciudadanos hacia los partidos en cuatro democracias del sur de Europa.

La literatura existente sobre esa cuestión ha producido resultados contradictorios. Hasta cierto punto, esta falta de consistencia es el resultado conjunto de problemas de operacionalización y de medida. Algunos de esos estudios, por ejemplo, se han basado en indicadores que sólo están tangencialmente relacionados con el objeto de nuestra preocupación central: el declive de la identificación partidista, la afiliación a los partidos, la participación electoral, el incremento de la volatilidad electoral o el apoyo a partidos antisistema (Poguntke, 1996). Podría tener razón Webb (1995: 303) cuando señala que estos indicadores no reflejan tanto las actitudes fundamentales hacia los partidos como las consecuencias de factores como la creciente convergencia ideológica entre los partidos o un simple proceso de desalineamiento político (véase también Reiter, 1989: 327-328). En suma, este tipo de estudio no analiza directamente la aprobación básica de los partidos como formas de representación política o como vehículos para la agregación de los intereses por parte de los ciudadanos (Poguntke y Scarrow, 1996: 259). En realidad, la conceptualización y operacionalización de este fenómeno ha sido tan imprecisa que no ha llegado a establecerse si existe realmente una crisis por la creciente caída de sus apoyos, y mucho menos puede afirmarse que comprendamos sus posibles orígenes o sus consecuencias sobre el comportamiento de los ciudadanos.

A la vista de ello, este artículo tiene cuatro objetivos complementarios: 1) desarrollar y discutir indicadores actitudinales que puedan servir como medidas adecuadas de los sentimientos antipartidistas; 2) observar la evolución de esos indicadores a lo largo del tiempo en diferentes contextos; 3) discutir su relación con otros aspectos del comportamiento político y otras actitudes; y 4) explorar los orígenes de los sentimientos antipartidistas. Aunque la mayor parte de nuestro análisis se centrará en España (para la que disponemos de una notable cantidad de datos), examinaremos también actitudes similares en Portugal, Italia y Grecia para determinar el grado en que el incremento de los sentimientos antipartidistas constituye un rasgo general de las democracias contemporáneas en Europa occidental y su posible vinculación a un fenómeno más amplio de desafección política. Apuntaremos también algunas de las consecuencias de este fenómeno relacionadas con el comportamiento electoral, la identificación partidista y la implicación de los ciudadanos en la vida pública.

EL CONCEPTO Y LOS TIPOS DE ANTIPARTIDISMO

Durante los años noventa ha solido argumentarse (algunas veces sin evidencia empírica suficiente) que los sentimientos negativos hacia los partidos políticos se habían convertido en un fenómeno político extendido por Europa occidental. Aunque el término *Parteienverdrossenheit* servía habitualmente, por razones obvias, para describir la irritación popular y la desafección con respecto a los partidos en Alemania, este y otros términos similares se han utilizado para describir sentimientos similares en otros países. A pesar de que muchos académicos comparten su interés por este fenómeno, difieren sustancialmente respecto a cómo conceptualizan y miden los sentimientos antipartidistas, y están también en desacuerdo sobre la medida en que se ha extendido en esos países, así como sobre sus orígenes y consecuencias. Los investigadores alemanes, por ejemplo, han tendido a considerar los sentimientos antipartidistas como respuestas transitorias de los ciudadanos a los acontecimientos políticos del comienzo de la década de los noventa (como la reunificación alemana, la crisis económica, la corrupción, etc.) (Wiesendahl, 1998). Una interpretación similar podría derivarse de un examen *prima facie* del caso español. Aunque durante la transición a la democracia la imagen pública de los partidos fuera positiva⁵, durante la década de los ochenta las valoraciones de los partidos se deterioran rápidamente (Wert, 1996), y en los primeros años noventa fueron a más en parte como respuesta a los escándalos de corrupción⁶.

Otros estudios han llegado a conclusiones diferentes sobre la naturaleza y los posibles orígenes de este conjunto de actitudes. Se ha señalado, por ejemplo, que los sentimientos antipartidistas en Italia han sido mucho más estables desde el final de los años cuarenta. Para Sani y Segatti (2001), esas actitudes tienen raíces profundas en la cultura política italiana, fueron además reforzadas por la socialización política de la etapa fascista y contribuyeron a socavar el apoyo a los partidos de la llamada «Primera República» con ocasión de las elecciones de 1994. Compatible con esta explicación específicamente nacional, Reiter (1989: 343) ha argumentado que el declive de las actitudes de apoyo a los partidos depende de las condiciones políticas de cada país. En sentido contrario, una buena parte de los autores ya mencionados defiende que el incremento de los sentimientos antipartidistas es

⁵ Montero (1992) y Maravall (1984: 126-127). En 1978, por ejemplo, dos de cada tres españoles consideraban que los partidos eran útiles para producir mejoras en la sociedad, la mitad creía que estaban haciendo un buen trabajo en el proceso de democratización y un tercio pensaba que ayudarían a resolver la crisis económica. La no respuesta a estas preguntas (incluidas en la encuesta llevada a cabo por el Centro de Investigaciones Sociológicas [CIS] en julio de 1978 a 5.345 españoles) oscilaba entre un 26 y un 34 por ciento.

⁶ En 1992, ocho de cada diez españoles creían que los partidos carecían de democracia interna y que la corrupción continuaría creciendo de manera inevitable (De Miguel, 1993: 788 y 796). De modo similar, cuando se les pedía que ordenasen diversas instituciones de acuerdo a sus evaluaciones positivas o negativas, los encuestados situaron a los partidos a lo largo de la década de los noventa en el último lugar (Wert, 1996: 135).

un fenómeno general de largo plazo, que dicho incremento forma parte del declive de la confianza en las instituciones representativas de las democracias modernas, y que está causado por procesos de cambio cultural o por conflictos entre las élites políticas profesionales y los individuos y grupos sociales a los que supuestamente representan.

Existen discrepancias adicionales en esta literatura, y se refieren a las consecuencias de las actitudes antipartidistas. Se ha sostenido que en algunos países han contribuido a la aparición de partidos populistas o xenófobos (Schedler, 1996; Mudde, 1996), al rechazo de los grandes partidos y a reacciones de cinismo hacia sus líderes (Taggart, 1994). A menudo se asume que el incremento de las actitudes antipartidistas está estrechamente relacionado con una disminución del apoyo general al régimen democrático, o que está vinculado con comportamientos antisistema. Pero Sani y Segatti (2001) han demostrado que los sentimientos antipartidistas en Italia han coexistido durante décadas con altos niveles de identificación partidista y con un apoyo mayoritario al sistema democrático. A la luz de aquellas paradojas y de estas conclusiones contradictorias, el análisis comparado de la naturaleza y de las consecuencias de las actitudes antipartidistas resulta particularmente necesario.

El material empírico que utilizaremos procede de datos de encuesta recogidos en España, Portugal, Italia y Grecia durante las dos últimas décadas. Nuestro punto de partida es sencillo. Creemos que la confusión e inconsistencia en los resultados empíricos de trabajos anteriores provienen en gran medida de no apreciar la existencia de dos tipos diferentes de actitudes antipartidistas, con diferentes orígenes y con implicaciones diferentes sobre el comportamiento político. Nos referiremos a estas dos diversas dimensiones como «antipartidismo reactivo» y «antipartidismo cultural». El *antipartidismo reactivo* es la posición crítica adoptada por los ciudadanos como respuesta a su insatisfacción con las actividades de las élites de los partidos y los rendimientos de las instituciones. Esta orientación es producto de la inconsistencia entre las promesas, las etiquetas ideológicas y las retóricas de los dirigentes políticos, por un lado, y las percepciones de los ciudadanos sobre los rendimientos efectivos de las instituciones democráticas y de las élites políticas, por otro. En cierto sentido, es una consecuencia lógica de las promesas excesivas de los políticos y de la utilización de un discurso político que eleva las expectativas de los ciudadanos hasta un punto que supera la mera posibilidad de proveer todo lo prometido. Se trata también de una respuesta a fracasos reales de los partidos y de las élites. Muchos problemas sociales, políticos y económicos simplemente no se resuelven o no son afrontados satisfactoriamente. Con frecuencia, los líderes partidistas se comportan irresponsablemente, y muchos dirigentes políticos utilizan de forma inadecuada su acceso a los recursos públicos, incurren en comportamientos socialmente reprobables o realizan actividades calificadas como de corrupción y de patronazgo.

En el caso de los cuatro países del sur de Europa examinados aquí, no es difícil identificar pautas de comportamiento que podrían provocar una respuesta negativa por parte de muchos ciudadanos y llevarles a adoptar una postura de antipartidismo reactivo. La democracia portuguesa, por ejemplo, nació tras un proceso revolucionario y conflictivo un tanto caótico, al que siguió más de una década de extrema inestabilidad gubernamental (Bruneau, 1997; Bruneau *et al.*, 2001). En España, a finales de los ochenta y principios de los noventa surgió un número considerable de escándalos de corrupción que afectaban a determinados sectores del gobierno y a numerosos líderes partidistas (Pradera, 1996). En Italia, cuatro décadas de inestabilidad gubernamental, unidas paradójicamente al inmovilismo político y reforzadas por revelaciones espectaculares de corrupción masiva en los más altos niveles de gobierno, llevaron a un completo colapso del sistema de partidos entre 1992 y 1994 (Sani y Segatti, 2001). Y en Grecia, el sistema político pareció caracterizarse hasta la mitad de los años noventa por la sucesión de escándalos, de propuestas demagógicas, de estrategias oportunistas y de conductas poco responsables de los partidos o de sus líderes (Mendrinou y Nicolacopoulos, 1997). En estas circunstancias, la adopción de actitudes antipartidistas por los ciudadanos podría entenderse como poco más que una expresión de realismo político (Poguntke, 1996: 327). Y puesto que la política cambia a lo largo del tiempo, cabría esperar que el nivel e intensidad de esos sentimientos negativos fluctúen de acuerdo con la cambiante coyuntura de los acontecimientos políticos, económicos y sociales. Este supuesto encaja bien con la evolución de los sentimientos hacia los partidos en Alemania, donde el fenómeno de la *Parteienverdrossenheit* tuvo una duración relativamente corta y produjo unas consecuencias más modestas de las que inicialmente se habían temido (Gabriel, 1996: 16-17; Noelle-Neumann, 1994: 43-45). Algunos investigadores han añadido que las actitudes de falta de confianza en las instituciones de la democracia representativa y en los partidos políticos deben encontrarse más comúnmente entre quienes tienen un mayor nivel educativo y de información, están más interesados en la política y muestran mayores niveles de implicación política. Es decir, que esos sentimientos deben ser más prevalentes entre quienes tienen expectativas altas respecto de la política democrática pero son, a la vez, más conscientes de los engaños de los partidos y de los políticos (Dalton, 1996: cap. 9; y Putnam, Pharr y Dalton, 2000).

Pero existe también una segunda variedad de antipartidismo, enraizada ahora en tradiciones históricas y en valores centrales de la cultura política, independiente de los cambios en el corto plazo de las condiciones políticas del país y, por lo tanto, relativamente estable a lo largo del tiempo en términos de su alcance e intensidad. Nos referiremos a este tipo de orientaciones políticas como *antipartidismo cultural*. De nuevo, los cuatro países seleccionados proporcionan buenos ejemplos del tipo de factores socializadores que con mayor probabilidad pueden favorecer el desarrollo y la permanencia de este tipo de actitudes. Como ha sostenido Maravall (1997: 237), estos factores incluyen «una larga experiencia de

dictaduras y pseudo-democracias, una historia de turbulencias y discontinuidades políticas, de manipulaciones del sufragio durante largos períodos, de una prolongada socialización negativa en la política. En este sentido, las evaluaciones de la política y de su influencia personal por los ciudadanos serían tan sólo una respuesta racional, el resultado de una experiencia histórica que difícilmente habría facilitado la confianza en la política». Los partidos eran, obviamente, una parte integral de este panorama. En cada uno de los casos del sur de Europa, la experiencia del país con la democracia liberal a finales del siglo XIX y a comienzos del XX representó un terreno fértil para el desarrollo de actitudes cínicas hacia los partidos: sus democracias excluyentes y limitadas descansaban principalmente sobre relaciones del tipo patrón-cliente, el fraude electoral sistemático y la abierta intimidación como medio para restringir el derecho de todos los ciudadanos a participar libre y efectivamente. Cada uno de estos regímenes parlamentarios, pero no completamente democráticos, colapsó al comienzo del siglo XX, normalmente en un contexto político caracterizado por altos niveles de polarización e inestabilidad (que en el caso de España, y en menor medida en el de Grecia, culminaron en una guerra civil); un contexto que propició que los partidos recurrieran con frecuencia a medios extraparlamentarios, cuando no claramente antidemocráticos o/y desleales, en los conflictos, finalmente autodestructivos, que mantenían entre sí. Por último, estos cuatro países sufrieron el control de regímenes autoritarios derechistas de tipo corporativo o casi-corporativo que pretendieron re-socializar a sus poblaciones, inculcándoles actitudes hostiles hacia las nociones básicas de la democracia liberal y de la competencia interpartidista. Como corolario, los partidos y los políticos eran descritos como entidades egoístas que sólo servían para dividir y debilitar lo que debería ser una nación unida (véanse, por ejemplo, Aguilar, 1996: cap. 2; Sani y Segatti, 2001). En resumen, los regímenes autoritarios pretendieron imbuir orientaciones antipartidistas a través de campañas de propaganda y de procesos de socialización formal en la escuela; unos esfuerzos que reforzaron los niveles ya existentes de descrédito y de escepticismo respecto a los partidos y los políticos en los sistemas democráticos. En la medida en que las experiencias con la democracia (o con la democracia limitada) a finales del siglo XIX y comienzos del XX favorecieron una socialización indirecta de actitudes cínicas hacia los partidos, y que los contenidos de la re-socialización intencional durante las siguientes décadas autoritarias trataron de inculcar explícitamente actitudes antipartidistas entre segmentos significativos de la población, esas orientaciones pueden haberse convertido en rasgos duraderos de la cultura política de un país. A diferencia del reactivo, cabe esperar que el antipartidismo cultural sea estable a lo largo del tiempo y que resulte inmune en el corto plazo a fluctuaciones ocasionadas por cambios en las circunstancias políticas.

De este modo, el antipartidismo cultural podría estar también estrechamente asociado a otras valoraciones cínicas o negativas de distintas dimensiones de la política democrática, y formar parte de un síndrome más amplio de desafección política. Como hemos manteni-

do en otros trabajos (Montero, Gunther y Torcal, 1997 y 1998; Gunther y Montero, 2000; Torcal, 2000 y 2001), este síndrome es conceptual y empíricamente distinto de otros dos conjuntos de orientaciones democráticas, uno de los cuales implica apoyo general a la democracia y es un elemento clave en la legitimación de los regímenes democráticos, mientras que el otro refleja descontento político o insatisfacción con los rendimientos de las instituciones políticas y los políticos que temporalmente las ocupan. La desafección política, en contraste, implica percepciones de distancia hacia la política y las instituciones políticas, contiene dosis notables de cinismo y desinterés general respecto a la política, y está vinculada a bajos niveles de participación. En consecuencia, cabe también esperar que este síndrome de desafección, desinterés y pasividad contenga actitudes negativas hacia los partidos.

Las dos variedades de antipartidismo que hemos distinguido, el cultural y el reactivo, deberían tener consecuencias muy diferentes sobre el comportamiento. Dado que el antipartidismo reactivo representa una evaluación negativa y, con ello, la expresión de críticas contra las actuaciones negativas de los partidos, las instituciones o los líderes, podría tener el resultado positivo de movilizar a los ciudadanos en demanda de cambios políticos sustantivos o de nuevos gobernantes (Dalton, 1999: 75-76; Norris, 1999b: 263). En un sentido muy diferente, el antipartidismo cultural debería resistir a corto o medio plazo los cambios en las acciones de los partidos o de sus líderes, y estar asociado a actitudes de cinismo generalizado y a niveles elevados de pasividad política. Como un componente clave de la desafección política, el antipartidismo cultural podría así ensanchar la distancia entre los ciudadanos y sus representantes, y reforzar la marginación de un importante sector de la población cuyos recursos políticos sean inferiores a los de otros más competentes para defender sus intereses en un sistema democrático competitivo. Tanto en términos de teoría democrática como de calidad efectiva de los regímenes democráticos, este último fenómeno tendría consecuencias negativas.

LAS DIMENSIONES DE LOS SENTIMIENTOS ANTIPARTIDISTAS

Comenzaremos el análisis empírico del antipartidismo en cuatro países de la Europa del Sur mostrando el grado en que las actitudes hacia los partidos se agrupan a lo largo de dos dimensiones actitudinales distintas. Los indicadores de encuesta que hemos utilizado son los siguientes:

- 1) Los partidos se critican mucho entre sí, pero en realidad todos son iguales.
- 2) Los partidos políticos sólo sirven para dividir a la gente.
- 3) Sin partidos no puede haber democracia.

- 4) Los partidos son necesarios para defender los intereses de los distintos grupos y clases sociales.
- 5) Gracias a los partidos la gente puede participar en la vida política.
- 6) Los partidos no sirven para nada.

En la tabla 1 presentamos los resultados de un análisis factorial con una rotación varimax de los datos obtenidos a las respuestas a estos indicadores desde mediados de los años ochenta. Las cargas factoriales (*factor loadings*) obtenidas son significativamente constan-

TABLA 1

Análisis factorial de los sentimientos antipartidistas en el sur de Europa, 1985-1998*

País	Año	Los partidos no sirven	Los partidos son iguales	Los partidos dividen	Defienden intereses	Permiten participación	Sin partidos no hay democracia
España	1985	-0,41	-0,19	-0,20	0,58	0,68	0,66
		0,53	0,60	0,78	-0,30	-0,21	-0,17
	1989	-0,40	-0,11	-0,27	0,57	0,51	0,62
		0,53	0,57	0,62	-0,31	-0,26	-0,11
	1991	-0,35	-0,17	-0,32	0,58	0,35	0,44
		0,45	0,52	0,53	-0,17	-0,12	-0,00
	1995	-0,50	-0,01	-0,18	0,74	0,37	0,62
		0,42	0,50	0,73	-0,12	-0,01	-0,11
	1997	-0,34	-0,17	-0,00	0,74	0,48	0,59
		0,52	0,62	0,62	-0,18	-0,15	-0,01
Portugal	1985	-0,12	0,11	0,00	0,35	0,80	0,62
		0,54	0,70	0,70	-0,14	-0,00	-0,22
	1993	-0,44	-0,18	-0,28	0,06	0,72	0,75
		0,34	0,57	0,73	0,47	-0,07	-0,05
Italia	1985	-0,44	-0,01	-0,16	0,45	0,63	0,64
		0,49	0,66	0,56	-0,10	-0,13	-0,13
Grecia	1985	-0,45	-0,00	-0,01	0,38	0,59	0,38
		0,31	0,73	0,61	-0,00	-0,00	-0,00
	1998	-0,11	0,06	-0,02	0,57	0,62	0,56
		0,58	0,80	0,69	0,08	-0,05	-0,11

* Cargas factoriales (*factor loadings*) del primer y segundo factores, después de la rotación varimax.

FUENTES:

Para España en 1989, 1991, 1995 y 1997, Banco de Datos, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS); para todos los países en 1985, *Estudio de cuatro naciones*, dirigido por Julián Santamaría y Giacomo Sani y también depositado en el Banco de Datos del CIS; para Italia en 1990, Sani (1992: 139); para Italia en 1997, Segatti (1998: 5); para Grecia en 1998, *Greek Study of the Role of Government*; y para Portugal en 1993, ESEO, *Estudios de Mercado Lta*.

tes en los cuatro países y a lo largo del tiempo, y revelan claramente la existencia de dos factores distintos. El primero incluye indicadores que pueden ser considerados como simple rechazo a los partidos en general —«todos son iguales» y «sólo dividen a la gente»—. Como mantendremos más adelante, ambos representan la dimensión *cultural* de las actitudes antipartidistas. El otro conjunto de indicadores, que reflejarían la dimensión *reactiva*, recoge afirmaciones más medidas sobre los papeles desempeñados por los partidos en las democracias modernas: «defienden los intereses de diferentes grupos», permiten a la gente «participar en la vida política» y son necesarios para el funcionamiento de la democracia. Sólo el indicador «los partidos no sirven para nada», incluido en la primera columna de la tabla 1, no se ajusta netamente a ninguna de las dos dimensiones: aunque está más intensamente relacionado con la dimensión cultural, existe también alguna asociación con el antipartidismo reactivo. Las únicas excepciones se encuentran en Portugal en 1985 y en Grecia en 1998, donde es claro que el indicador «los partidos no sirven para nada» pertenece a la dimensión cultural⁷.

Las respuestas de los ciudadanos del sur de Europa entrevistados en numerosas encuestas desde mediados de los años ochenta hasta el final de los noventa (presentadas en las tablas 2 y 3) revelan que las actitudes hacia los partidos son altamente ambivalentes, si no contradictorias. Las actitudes positivas (particularmente respecto a las funciones básicas desempeñadas por los partidos en los sistemas democráticos) coexisten simultáneamente con otras decididamente negativas (Sani, 1992: 136). Sin embargo, cuando estas actitudes se separan en categorías «culturales» y «reactivas» comienzan a aparecer algunas pautas más claras. En relación con los indicadores del antipartidismo reactivo (tabla 3), la mayoría (a veces, muy amplias mayorías) de los encuestados en los cuatro países ha tendido a expresar opiniones de apoyo a los partidos. Estas evaluaciones favorables de los partidos eran mucho más débiles en Italia durante la década de los noventa, reflejando la reestructuración del sistema de partidos que estaba entonces ocurriendo (Sani y Segatti, 2001: 178): entre el 34 y el 43 por ciento de los italianos entrevistados entre 1990 y 1997 estaban en desacuerdo con las afirmaciones de que los partidos defienden intereses sociales, hacen posible la participación de los ciudadanos en la política y son necesarios para la democracia. En contraste, los niveles de rechazo a estos ítems en los otros países variaban entre un 10 y un 22 por ciento, e incluso en Italia en 1985 (antes de que comenzara la crisis de su sistema de partidos) no sobrepasaban el 29 por ciento. Por lo tanto, y con la excepción de Italia en los años noventa, estos datos parecen mostrar la existencia de un sentimiento antipartidista (reactivo) significativamente menor del que suele afirmarse.

⁷ Debido a que este último ítem tiende a situarse entre las dos dimensiones actitudinales señaladas, hemos decidido excluirlo de la mayor parte de los análisis que siguen a continuación.

TABLA 2

Indicadores de sentimientos antipartidistas culturales en el sur de Europa, 1985-1998
(en porcentajes)

Indicadores	Año	De acuerdo	En desacuerdo	No sabe/ no contesta	(N)
<i>Los partidos son todos iguales</i>					
España	1985	49	34	17	(2.505)
	1989	46	34	20	(4.524)
	1991	58	31	11	(2.471)
	1996	57	33	9	(2.498)
	1997	61	30	9	(2.490)
Portugal	1985	60	22	18	(2.210)
	1993*	59	24	3	(2.000)
Italia	1985	62	31	7	(2.074)
	1990	74	26	0	(n.d.)
Grecia	1985	48	49	3	(1.998)
	1998	70	18	12	(1.191)
<i>Los partidos sólo dividen a la gente</i>					
España	1985	38	44	18	(2.505)
	1989	31	48	21	(4.524)
	1991	35	51	14	(2.471)
	1996	36	51	13	(2.498)
	1997	36	53	11	(2.490)
Portugal	1985	59	23	19	(2.210)
	1993*	52	29	4	(2.000)
Italia	1985	50	41	9	(2.074)
	1990	51	29	0	(n.d.)
	1997	28	62	10	(4.550)
Grecia	1985	66	31	3	(1.998)
	1998	59	19	22	(1.191)

* La presencia de la categoría «neutral» en estas preguntas (cuyos resultados no se presentan) hace que las cifras no sumen 100%.

FUENTES:

Véase tabla 1.

TABLA 3

Indicadores de sentimientos antipartidistas reactivos en el sur de Europa, 1978-1998
(en porcentajes)

Indicadores	Año	De acuerdo	En desacuerdo	No sabe/ no contesta	(N)
<i>Los partidos son necesarios para defender intereses</i>					
España	1985	65	15	20	(2.505)
	1989	65	13	21	(4.524)
	1991	70	15	15	(2.471)
	1996	72	16	12	(2.498)
	1997	75	13	12	(2.490)
Portugal	1985	59	16	25	(2.210)
	1993*	72	10	5	(2.000)
Italia	1985	63	26	11	(2.074)
	1990	58	41	1	(n.d.)
	1997	51	38	11	(4.550)
Grecia	1985	78	13	9	(1.998)
	1998	74	18	8	(1.191)
<i>Los partidos nos permiten participar en política</i>					
España	1985	60	18	22	(2.505)
	1989	61	17	22	(4.524)
	1991	61	22	17	(2.471)
	1996	66	21	13	(2.498)
	1997	67	22	11	(2.490)
Portugal	1985	57	15	28	(2.210)
	1993*	72	9	4	(2.000)
Italia	1985	59	29	12	(2.074)
	1990	56	43	1	(n.d.)
	1997	76	11	13	(1.998)
Grecia	1985	76	11	13	(1.998)
	1998	63	22	14	(1.191)
<i>Sin partidos no puede haber democracia</i>					
España	1985	60	16	24	(2.505)
	1989	62	13	26	(4.524)
	1991	67	15	18	(2.471)
	1996	67	17	16	(2.498)
	1997	70	15	15	(2.490)
Portugal	1985	58	13	29	(2.210)
	1993*	70	10	5	(2.000)
Italia	1985	67	20	13	(2.074)
	1990	65	34	1	(n.d.)
	1997	54	36	10	(4.550)
Grecia	1985	85	10	5	(1.998)
	1998	79	13	8	(1.191)

* La presencia de la categoría «neutral» en estas preguntas (cuyos resultados no se presentan) hace que las cifras no sumen 100%.

FUENTES:

Véase tabla 1.

Por su parte, las respuestas a los indicadores que hemos asociado con el antipartidismo cultural muestran pautas más negativas. Como puede verse en la tabla 2, entre un 40 y un 60 por ciento de los entrevistados en la mayor parte de las encuestas están de acuerdo con las afirmaciones de que «todos los partidos son iguales» y que «sólo dividen a la gente». Como anticipo de la crisis del sistema de partidos que se extendería en Italia a partir de 1992, cabe mencionar que hasta un 74 por ciento de los italianos afirmaba dos años antes que no había diferencias entre los partidos y que un 51 por ciento sostenía que los partidos sólo servían para dividir a la gente. En general, pues, la dimensión cultural de los sentimientos antipartidistas parece estar ampliamente extendida entre los ciudadanos de los cuatro países del sur de Europa.

Las importantes diferencias producidas entre las respuestas que muestran el acuerdo con los indicadores culturales y reactivos, explican una buena parte de las inconsistencias en los resultados de muchos de los estudios previos sobre el antipartidismo. Esas diferencias refuerzan también la conveniencia de emprender análisis más detallados de los elementos actitudinales y de comportamiento asociados a esas orientaciones. Un primer paso en esta dirección nos ha llevado a la construcción de dos escalas que midieran la consistencia de los niveles de acuerdo y de desacuerdo con los indicadores que componen las dimensiones culturales y reactivas del antipartidismo. La escala de antipartidismo reactivo se extiende desde +3 (reflejando el acuerdo con las tres afirmaciones positivas sobre los partidos) hasta -3 (representando el extremo de antipartidismo en ese continuo); las puntuaciones entre +1 y -1 son tenidas como neutrales. Los datos presentados en la tabla 4 muestran claramente que la gran mayoría de los entrevistados han mantenido durante las pasadas dos décadas actitudes favorables a los partidos (pro-partido), particularmente en España, Portugal y, en 1985, Grecia. Los italianos aparecían divididos casi a partes iguales en 1985 entre quienes mostraban actitudes pro-partido y actitudes neutrales, mientras que en el caso de Grecia los sentimientos pro-partido se redujeron notablemente entre mediados de los ochenta y finales de los noventa.

La tabla 5 presenta la distribución de los encuestados de acuerdo con sus posiciones en la escala de antipartidismo cultural, y en función de sus respuestas a los indicadores «los partidos se critican mucho entre sí, pero en realidad todos son iguales» y «los partidos sólo sirven para dividir a la gente». Esta escala se extiende desde +2 (que representa una orientación pro-partido basada en una respuesta *negativa* a las dos afirmaciones anti-partido) y -2 (que refleja una posición anti-partido). Como puede observarse, los niveles de sentimientos antipartidistas de este tipo son mucho más altos que los de la dimensión reactiva, y aparecen especialmente intensos en Portugal y en Grecia (en 1998). Aunque estas orientaciones negativas no sean sorprendentes en el caso de Portugal, debido a la extrema inestabilidad política vivida tras la revolución de abril de 1975 (Bruneau y Bacalhau,

TABLA 4

Sentimientos de antipartidismo reactivo en el sur de Europa, 1985-1998*
(en porcentajes)

	España						Portugal		Italia	Grecia	
	1985	1988	1991	1995	1996	1997	1985	1993	1985	1985	1998
Pro-partido	64	68	58	63	62	62	60	65	48	72	13
Neutral	30	27	37	32	32	32	35	34	43	26	46
Anti-partido	6	5	4	4	4	6	5	1	9	2	41

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales.

FUENTES:

Véase tabla 1.

TABLA 5

Sentimientos de antipartidismo cultural en el sur de Europa, 1985-1998*
(en porcentajes)

	España						Portugal		Italia	Grecia	
	1985	1988	1991	1995	1996	1997	1985	1993	1985	1985	1998
Pro-partido	34	35	30	32	32	28	15	22	22	25	8
Neutral	29	32	35	35	33	37	24	24	33	33	18
Anti-partido	37	33	35	33	36	35	61	52	44	42	74

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales.

FUENTES:

Véase tabla 1.

1978; y Bruneau y McLeod, 1986), resultan ciertamente contradictorias con la estabilidad gubernamental que ha caracterizado a la política portuguesa desde 1987 o con el rápido desarrollo económico y social del que ha disfrutado el país durante el mismo período (Bruneau, 1997). En resumen, estos sentimientos antipartidistas parecen ser insensibles a los cambios de todo tipo producidos en el país. La situación contraria puede observarse en Grecia, donde un incremento sustancial de los sentimientos antipartidistas ha tenido lugar desde 1985. Pero la mayor parte de ese incremento puede explicarse por el porcentaje mucho mayor de entrevistados que declaraban estar de acuerdo con la afirmación de que «todos los partidos son iguales», un reflejo preciso de la convergencia ideológica y programática entre el PASOK y Nea Democrata, comenzando a mediados de los ochenta, durante

la segunda etapa de gobierno del PASOK (Diamandouros, 1994: 9-20 y 34-42; Mendrinou y Nicolacopoulos, 1997: 11); la proporción de entrevistados griegos que pensaban que «los partidos sólo dividen a la gente» disminuyó ligeramente, desde un 66 a un 59 por ciento, entre 1985 y 1998. Mientras tanto, las respuestas en España han sido notablemente consistentes. Desde mediados de los años ochenta, las actitudes de los españoles en la escala de antipartidismo cultural se han dividido casi por igual entre las categorías pro-partido, anti-partido y neutral.

Además de poner de manifiesto que los niveles de antipartidismo cultural son sistemáticamente más altos que los de antipartidismo reactivo, estos datos señalan que el alcance y la intensidad de estas actitudes varían de un país a otro. De esta forma, la presencia de actitudes negativas muy extendidas hacia los partidos no parece constituir un fenómeno propio de los países del sur de Europa, ni menos aún una característica distintiva de los de Europa occidental (Reiter, 1989). Por el contrario, esas actitudes subrayan la ambivalencia básica que los ciudadanos parecen mostrar hacia los partidos políticos.

LOS ORÍGENES DE LOS SENTIMIENTOS ANTIPARTIDISTAS

Un modo de explorar los orígenes y la naturaleza de las dos dimensiones de antipartidismo es comparar su evolución a lo largo del tiempo entre distintas generaciones políticas. Este tipo de análisis debería hacer posible la separación entre los efectos de diferentes experiencias de socialización, por un lado, y las reacciones inmediatas a los cambios en el ambiente político, por otro. Dada la mayor disponibilidad de datos comparables durante un amplio período de tiempo, concentraremos ahora nuestra atención en el caso de España. Además, resulta particularmente apropiado para este tipo de análisis dadas las muy diversas experiencias de socialización de las cohortes de edad incluidas en las muestras de las encuestas que hemos utilizado⁸. Así, quedan recogidas las cohortes que conocieron el régimen democrático pero polarizador de la Segunda República, el trauma de la Guerra Civil,

⁸ Como es usual, utilizaremos como base para definir las respectivas cohortes las situaciones más relevantes vividas por los entrevistados cuando tenían entre 17 y 25 años de edad; de acuerdo con numerosos estudios de psicología social (por ejemplo, Newcomb *et al.*, 1967; Krosnick y Alwin, 1989), es en ese período cuando tienden a estabilizarse la mayor parte de las actitudes políticas. En consecuencia, la cohorte de edad #6 incluye a los entrevistados nacidos antes de 1914, y que debieron llegar a su edad adulta durante la Segunda República (1931-1936). La cohorte #5 es la cohorte de la Guerra Civil, e incluye las personas nacidas entre 1915 y 1923. El siguiente grupo, nacido entre 1924 y 1943, es la generación de la postguerra, que habrá sentido con mayor intensidad los extremadamente duros años de penuria económica y de represión política que siguieron a la Guerra Civil. En contraste, los integrantes de la cohorte #3 (nacidos entre 1944 y 1957) crecieron políticamente durante el rápido crecimiento económico y la apertura de los años finales del franquismo. Los entrevistados que pertenecen a la segunda cohorte (nacidos entre 1958 y 1965) vivieron sus años de mayor formación entre 1975 y 1982 —el período de transición y consolidación democrática tras la muerte de Franco—. Por último, los entrevistados de la cohorte #1 (nacidos después de 1966) han sido socializados casi enteramente en el actual período democrático.

el hambre y la represión política de los años de autarquía, el desarrollo económico y la liberalización parcial de los años sesenta, y la transición a la democracia tras la muerte de Franco. ¿En qué medida condiciones sociales y políticas tan diferentes han afectado el desarrollo de las actitudes hacia los partidos? ¿Y cómo han evolucionado durante las dos últimas décadas esas orientaciones positivas y negativas en respuesta a los grandes cambios ocurridos desde los años ochenta?

Un examen de los datos derivados del análisis generacional hace posible distinguir entre tres diferentes tipos de pautas, denominados comúnmente como efectos de cohorte, efectos de período y efectos de ciclo vital. Este último implica que, a lo largo de un período de tiempo muy extenso, los efectos del envejecimiento inciden en todas las cohortes del mismo modo; éstas tienden a converger en un mismo punto hacia el final de sus vidas, de forma que sus respectivas trayectorias exhiban una pendiente ascendente. Debido tanto a la naturaleza de las dos hipótesis centrales que estamos estudiando como a la necesidad de prescindir de uno de ellos por razones metodológicas⁹, concentraremos nuestra atención en los dos primeros efectos antes citados. Los de cohorte provienen ante todo de experiencias de socialización comunes, que a su vez moldean ciertas actitudes que continúan influyendo sobre los individuos de esa cohorte a lo largo de toda su vida. Cabría así esperar que los socializados durante la Segunda República muestren diferencias constantes con respecto a quienes conocieron sus primeras experiencias de socialización durante la transición democrática a mediados de los años setenta. En sentido contrario, los efectos de período tendrían una influencia similar sobre individuos de todas las cohortes; prescindiendo de sus experiencias de socialización, responderán de manera similar a los estímulos que ocurran a lo largo del período de tiempo seleccionado en nuestro análisis. Visualmente, esta similitud debería reflejarse en picos y valles, simultáneos y paralelos, en las líneas de tendencia de todas las cohortes.

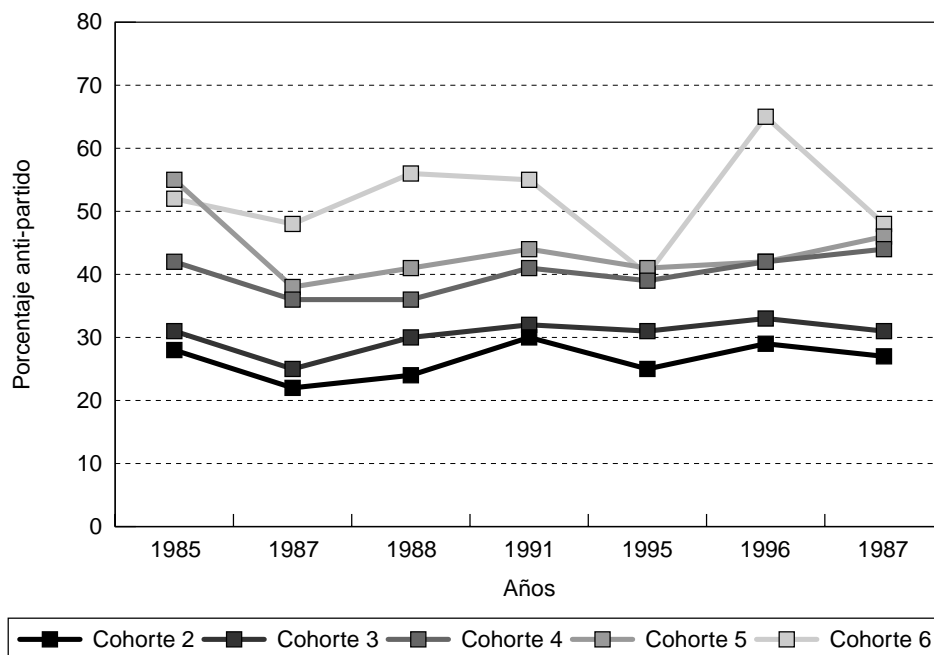
El gráfico 1 presenta las distribuciones obtenidas en las encuestas españolas a las preguntas sobre «antipartidismo cultural». Esas distribuciones sugieren que la influencia más poderosa sobre las actitudes antipartidistas de cada grupo de edad proviene de un efecto de cohorte. Los cinco grupos de edad incluidos en el gráfico tienden a diferir entre sí consistentemente a lo largo del tiempo, con los entrevistados más viejos expresando de modo invariable mayores niveles de sentimientos antipartidistas. Como puede observarse, estas líneas de tendencia son extremadamente horizontales; la única excepción es la inestabilidad mostrada por la cohorte más vieja durante la década de los noventa. Por lo tanto, la influencia más fuerte sobre estas actitudes se cifra en las experiencias de socialización primarias del encuestado: quienes fueron socializados en períodos anteriores manifiestan las

⁹ Los efectos de cohorte son una combinación lineal de edad y período.

actitudes más negativas hacia los partidos¹⁰. Un análisis de regresión multivariante confirma esta interpretación de los datos resumizados en el gráfico 1¹¹.

GRÁFICO 1

Cohortes y sentimientos antipartidistas culturales en España, 1985-1997



¹⁰ Es importante señalar que estos resultados son también válidos para la cohorte más joven, socializada desde la transición democrática, cuyas respuestas no se han presentado en el gráfico 1 debido a razones técnicas. Más concretamente, había muy pocos entrevistados pertenecientes a este grupo en las primeras encuestas seleccionadas; además, la composición de esta cohorte cambió tanto a lo largo del tiempo (con la incorporación de nuevos y más jóvenes entrevistados) que habrían surgido problemas insolubles de comparabilidad.

¹¹ En este análisis, los puntos temporales de los datos utilizados para construir el gráfico 1 sirven como variable dependiente, y como variables independientes se emplearon las variables *dummy* que miden los efectos de cohorte (C_1 representa la cohorte 2, como se describió arriba; C_2 la cohorte 3; C_3 la cohorte 4, y C_4 , el grupo de edad más viejo) y los efectos de período (T_1 representa 1985; T_2 representa 1987; T_3 para 1988; T_4 , 1991; T_5 , 1995, y T_6 representa 1996). Los resultados de este análisis se resumen en la siguiente ecuación:

$$Y = 52,7 + 25,6C_1 + 21,6C_2 + 12,0C_3 - 8,1C_4 + 2,4T_1 - 5,4T_2 - 1,8T_3 + 1,2T_4 - 4,0T_5 + 3,0T_6$$

$$P = (0,000) \quad (0,000) \quad (0,000) \quad (0,000) \quad (0,36) \quad (0,04) \quad (0,49) \quad (0,64) \quad (0,13) \quad (0,25)$$

$$R^2 = 0,85$$

Estos datos muestran la considerable diferencia existente entre las cohortes, pero también la ausencia virtual de efectos de período; sólo el coeficiente de 1987 es estadísticamente significativo al nivel de 0,05, pero su efecto es bastante débil.

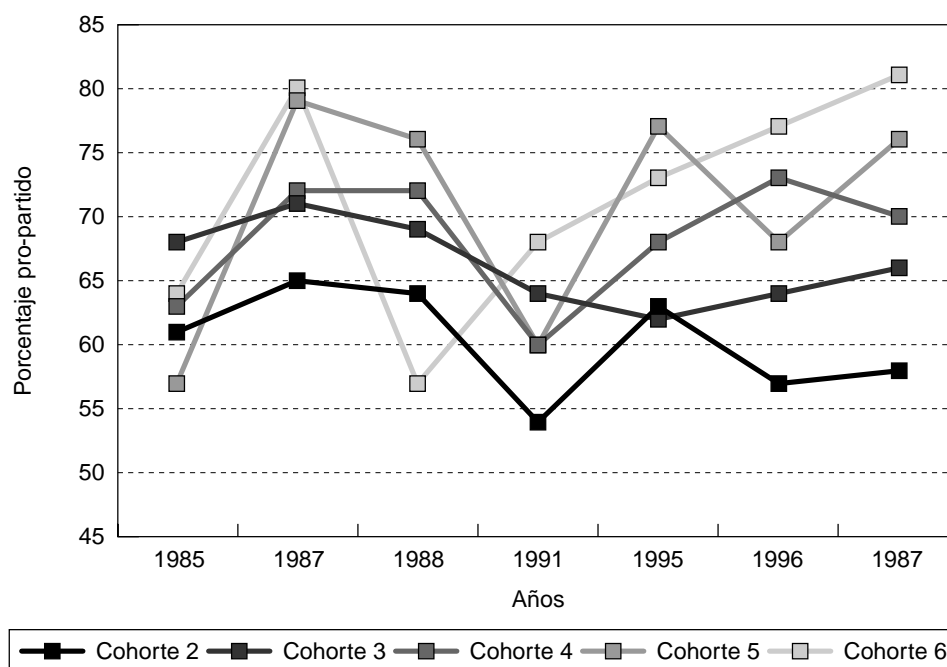
Estos datos sugieren que, en España, las desafortunadas décadas iniciales del siglo xx (caracterizadas por la manipulación electoral de la Monarquía de la Restauración, la polarización partidista de la Segunda República, la violencia de la Guerra Civil y la insistente propaganda antipartidista del largo régimen autoritario) dejaron una marca perdurable en las orientaciones políticas de los españoles de mayor edad, cuyos procesos de socialización estuvieron más expuestos a estos acontecimientos. Y, cuanto más prolongadas y acumulativas fueron estas influencias antipartidistas, más negativas resultaron ser las actitudes dentro de la cohorte más vieja¹². Estos datos sugieren también que las actitudes antipartidistas culturales no representan un rasgo permanente de la cultura política española, sino que más bien reflejan experiencias de socialización dentro de contextos políticos diversos y que, a su vez, tienen impactos diferenciados sobre las sucesivas generaciones políticas. Sin embargo, una vez que los ciudadanos interiorizaron dichas actitudes, son notablemente duraderas y estables a lo largo del tiempo. Estas actitudes se mantuvieron de forma casi constante dentro de cada una de las cohortes, prácticamente inmunes a los acontecimientos que podrían en principio haber disminuido los sentimientos antipartidistas (como los procesos de consolidación democrática de los años ochenta) o haberlos incrementado (como los escándalos de comienzos de los años noventa). Aparentemente, por lo tanto, la variedad cultural del antipartidismo no se ha visto en España afectada a corto plazo por el comportamiento de las élites políticas o por la actuación de los partidos. Por el contrario, aparecería como el producto de experiencias de socialización anteriores al establecimiento del régimen democrático, y transmitidas en sus contenidos básicos a generaciones más jóvenes. La visión más pesimista de este resultado es que, contrariamente a las expectativas que cabría derivar de los trabajos de Converse (1969) o de Schmitter y Karl (1991), los rendimientos generalmente positivos del nuevo régimen democrático han sido incapaces de borrar esos sentimientos antipartidistas entre las cohortes de mayor edad. Los niveles relativamente elevados de antipartidismo cultural sólo podrían disminuir a través de la progresiva desaparición de las generaciones de mayor edad.

El gráfico 2 presenta las distribuciones por cohortes de los entrevistados que se mostraban de acuerdo con las actitudes *pro*-partido, que componen la otra cara del antipartidismo, el reactivo. Las líneas resultantes son muy distintas de las halladas en el primer gráfico. En vez de permanecer estables a lo largo del tiempo, fluctúan sustancialmente de un año para otro; es decir, desaparece el efecto de cohorte que observamos en el gráfico anterior. En un agudo contraste con la variedad cultural del antipartidismo, en su dimensión reactiva las cohortes de mayor edad tienden generalmente a expresar mayores niveles de sentimientos *pro*-partido que las más jóvenes. Y tampoco existe una ordenación estable

¹² Cabe especificar que estos resultados son paralelos a los de un estudio más amplio sobre la medición de la desafección política, que incluye otras variables además de la de los sentimientos antipartidistas (véase Torcal, 2000): la desafección política es sistemáticamente más fuerte entre los entrevistados de las cohortes de mayor edad.

GRÁFICO 2

Cohortes y sentimientos pro-partido reactivos en España, 1985-1997



de las cohortes; mientras que la de mayor edad es más pro-partido que las restantes en la mayoría de los años, en 1988 lo era en mucha menor medida. En suma, los datos del gráfico 2 no indican la existencia de un efecto de cohorte. Más bien apuntan a la existencia de un efecto de período, como se confirma a través del test empírico de un modelo multivariante¹³. En general, los sentimientos antipartidistas reactivos parecen estar asociados a un conjunto más amplio de actitudes cifradas en el «descontento político». Como hemos apuntado en otros trabajos¹⁴, estas actitudes son altamente inestables a lo largo del tiempo.

¹³ Como en la ecuación previa, los años de las encuestas utilizadas para construir el gráfico 2 sirven como variable dependiente, y como variables independientes se emplearon las variables *dummy* que miden los efectos de cohorte (C_1 representa la cohorte 2, como se describió anteriormente; C_2 la cohorte 3; C_3 la cohorte 4, y C_5 , el grupo de edad más viejo) y los efectos de período (T_1 representa 1985; T_2 representa 1987; T_3 para 1988; T_4 , 1991; T_5 , 1995, y T_6 representa 1996). Los resultados de este análisis se resumen en la siguiente ecuación:

$$Y = 74,3 + 11,1C_1 + 5,1C_2 + 3,1C_3 + 1,0C_4 - 7,6T_1 + 3,2T_2 - 2,6T_3 - 9,0T_4 - 1,6T_5 - 2,4T_6$$

$$P = (0,001) \quad (0,09) \quad (0,29) \quad (0,74) \quad (0,04) \quad (0,37) \quad (0,46) \quad (0,02) \quad (0,65) \quad (0,50) \quad (0,25)$$

$$R^2 = 0,43$$

¹⁴ Nos referimos a los ya citados de Montero, Gunther y Torcal (1997 y 1998), Gunther y Montero (2000), y Torcal (2000 y 2001).

po. Esta inestabilidad varía en función de las evaluaciones del entrevistado sobre los partidos y de su grado de satisfacción con la actuación del gobierno, la cual, a su vez, está fuertemente influida por sus propias preferencias partidistas. Y, como comprobaremos más adelante, este campo de actitudes es conceptual y empíricamente diferente del síndrome de desafección política al que las actitudes antipartidistas culturales parecen estar vinculadas.

CORRELATOS ACTITUDINALES DE LOS SENTIMIENTOS ANTIPARTIDISTAS

Ya hemos señalado que la distribución de sentimientos antipartidistas entre las distintas cohortes refleja pautas similares a las de otras orientaciones políticas y que, a nuestro juicio, constituyen un síndrome de desafección política. En la tabla 6 presentamos datos que permiten comprobar empíricamente esta afirmación. En ella examinaremos el grado en que los españoles cuyas respuestas a otros indicadores contienen dosis notables de desafección política mantienen también sentimientos antipartidistas culturales y reactivos. Como puede observarse, existe una relación intensa ($\text{Tau-b} = 0,31$) entre el antipartidismo cultural y la creencia en que «la política es algo tan complicado que la gente como yo no puede entenderla». Pero no hay relación alguna entre este indicador de «eficacia interna» (una medida estándar de una dimensión de la desafección política) y el antipartidismo reactivo ($\text{Tau-b} = 0,01$). Existe también una relación fuerte entre el antipartidismo cultural y dos medidas habituales de «eficacia externa»: las creencias en que «los que están en el poder sólo buscan sus propios intereses personales» ($\text{Tau-b} = 0,39$) y en que «a los políticos no les importa lo que piensa la gente como yo» ($\text{Tau-b} = 0,26$). A pesar de que las relaciones entre estos dos indicadores de desafección política y el antipartidismo reactivo eran estadísticamente significativas, manifestaban una intensidad muy débil ($\text{Tau-b} = 0,08$ en ambos casos). Se han obtenido resultados similares tras el examen de las relaciones entre los dos tipos de antipartidismo y dos indicadores de implicación política que están también estrechamente vinculados al síndrome de desafección política (la declaración del entrevistado sobre su propio nivel de interés por la política y el grado en que se siente al tanto de cuestiones políticas). Aunque ninguno de estos indicadores está estadísticamente asociado con el antipartidismo reactivo ($\text{Tau-b} = -0,05$ y $-0,03$), su asociación con la escala de antipartidismo cultural es mucho más intensa ($\text{Tau-b} = -0,28$ y $-0,22$). Así, cuanto mayor sea la información del entrevistado, menos probable es que mantenga actitudes antipartidistas de tipo cultural.

Estos resultados tienen una considerable relevancia teórica. El vínculo entre el antipartidismo cultural y los bajos niveles de implicación política confirma, como ya se ha dicho, nuestra hipótesis de que esta variedad de las actitudes negativas hacia los partidos forma parte

TABLA 6

Sentimientos antipartidistas e indicadores de eficacia, interés e información en España, 1995*
(en porcentajes)

Indicador	Dimensión cultural			Dimensión reactiva		
	Pro-partido	Neutral	Anti-partido	Pro-partido	Neutral	Anti-partido
<i>La política es demasiado complicada</i>						
De acuerdo	34	56	75	52	53	53
En desacuerdo	66	43	25	48	47	47
(N)	(1.034)	(1.115)	(1.065)	(1.877)	(961)	(129)
<i>Tau-b</i>		0,31**			0,01	
<i>Los que están en el poder sólo buscan su interés personal</i>						
De acuerdo	47	83	92	71	76	90
En desacuerdo	53	17	8	29	24	10
(N)	(971)	(1.085)	(1.054)	(1.792)	(944)	(126)
<i>Tau-b</i>		0,39**			0,08**	
<i>Los políticos no se preocupan</i>						
De acuerdo	61	77	90	73	78	90
En desacuerdo	39	23	10	27	22	10
(N)	(993)	(1.088)	(1.036)	(1.812)	(944)	(127)
<i>Tau-b</i>		0,26**			0,08**	
<i>Interés por la política</i>						
Mucho y bastante	43	23	11	30	23	29
Poco y ninguno	57	77	89	70	77	71
(N)	(855)	(799)	(815)	(1.524)	(604)	(111)
<i>Tau-b</i>		-0,28**			-0,05	
<i>Información política</i>						
Mucha y bastante	51	35	24	40	36	42
Poca y ninguna	49	65	76	60	64	58
(N)	(858)	(799)	(813)	(1.520)	(606)	(112)
<i>Tau-b</i>		-0,22**			-0,03	

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales.

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Banco de Datos, CIS, Encuesta 2154.

de un síndrome más amplio de desafección. Pero el descubrimiento de la débil asociación entre implicación política y antipartidismo reactivo tiene también interés. Esa relación es inconsistente con las afirmaciones de quienes (como, por ejemplo, Dalton, 1996: 281; y Norris, 1999b: 270) defienden que el cinismo, la falta de confianza en las instituciones y los ni-

veles decrecientes de vinculación a los partidos son orientaciones propias de los más informados políticamente. Este resultado contradice, ciertamente, una parte del modelo de antipartidismo reactivo que expusimos al comienzo de este artículo, en la medida en que algunos investigadores predecían que dicho modelo estaría más extendido entre los individuos más interesados en política, con mayor información política y mejor conocedores de los defectos de los partidos y de los políticos. En cambio, nuestros datos apuntan a una falta de relación entre el antipartidismo reactivo y el interés por la política. Por el contrario, la asociación con el antipartidismo cultural es fuertemente negativa: son los ciudadanos menos interesados en política y con menos conocimientos sobre ella quienes se muestran más predispuestos, y con gran diferencia, a adoptar una posición antipartidista.

El examen de las preferencias electorales de los que manifiestan sentimientos antipartidistas permite obtener una comprobación adicional del antipartidismo reactivo. Hay muy poca relación entre el antipartidismo cultural y el voto al Partido Popular (PP) cuando se compara con el voto al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en las elecciones de 1993 y 1996 ($Tau-b = 0,02$ en ambas consultas). Existe, sin embargo, una asociación moderadamente fuerte entre el antipartidismo reactivo y el voto al partido de la oposición. En 1993, cuando el PSOE estaba en el gobierno, los españoles con sentimientos antipartidistas reactivos votaron de manera desproporcionadamente superior al PP (por un margen del 60 contra el 40 por ciento). En 1996, cuando el PP llegó al poder, la relación se invirtió: el 62 por ciento de los entrevistados antipartidistas apoyó al opositor PSOE, mientras que sólo el 36 por ciento votó al PP.

Puede encontrarse esta misma pauta si examinamos ahora una medida genérica de satisfacción con la labor del gobierno del PSOE en 1995¹⁵. Entre quienes expresaron opiniones antipartidistas reactivas, el 72 por ciento desaprobaba la labor del gobierno presidido por Felipe González, mientras que la proporción descendía a sólo el 41 por ciento entre los que mostraban actitudes pro-partido ($Tau-b = -0,12$). En ese mismo año, el 60 por ciento de los españoles con opiniones pro-partido afirmaba que la situación había mejorado durante el período de los gobiernos del PSOE, mientras que sólo el 27 por ciento de quienes manifestaban opiniones antipartidistas compartía esa valoración. Y un resultado similar se observa respecto a la satisfacción con la situación económica. El 49 por ciento de los entrevistados antipartidistas reactivos afirmaba que su situación económica personal era mala o muy mala, y un 80 por ciento opinaba que la situación económica general del país era mala o muy mala; pero entre quienes eligieron ítems pro-partido en la escala de orientaciones reactivas, los porcentajes de evaluaciones negativas sobre la situación económica personal y del país se redujeron al 24 y al 63 por ciento, respectivamente. A la luz de estos

¹⁵ Los datos proceden de la encuesta 2154 del CIS, que también se está utilizando en los distintos gráficos y tablas.

resultados, sería razonable asociar estos tipos de sentimientos antipartidistas con el deseo de cambiar al gobierno debido a sus escasos rendimientos. Debe tenerse en cuenta que mientras las respuestas a los ítems de antipartidismo cultural mostraron la misma pauta general, la relación entre insatisfacción y sentimientos antipartidistas era mucho más débil: el 69 por ciento de los entrevistados antipartidistas que estaban insatisfechos con el estado general de la economía era sólo ligeramente superior al 60 por ciento de aquellos que expresaban respuestas pro-partido. Del mismo modo, si distinguimos entre antipartidistas culturales y pro-partido con valoraciones negativas de su situación económica personal, también encontramos un estrecho margen del 33 frente al 23 por ciento.

La insatisfacción implica inherentemente un deseo de cambio. No es así sorprendente que los sentimientos antipartidistas reactivos estén también relacionados con el nivel de cambio deseado y con las preferencias sobre los medios políticos para producirlo. En una encuesta de 1995 se solicitó a los entrevistados que eligieran entre cuatro opciones sobre la situación de la sociedad española: «está bien como está», «podría mejorarse con pequeños cambios», «necesita reformas profundas» y «debe cambiar radicalmente». Como puede observarse en la tabla 7, quienes eligieron ítems pro-partido en la escala de orientaciones reactivas estaban fuertemente predispuestos a favor de los cambios moderados o profundos, mientras que los antipartidistas tendían en mayor medida a preferir cambios más radicales. De nuevo, cabe apreciar una pauta similar en relación con los sentimientos

TABLA 7

Sentimientos antipartidistas y actitudes conservadoras o reformistas hacia la sociedad española, 1995*
(en porcentajes)

Actitudes hacia la sociedad	Dimensión cultural			Dimensión reactiva		
	Pro-partido	Neutral	Anti-partido	Pro-partido	Neutral	Anti-partido
Está bien como está	5	5	4	5	5	2
Pequeñas reformas	38	30	30	39	25	11
Profundas reformas	48	54	48	47	54	59
Cambio radical	8	11	17	9	16	28
(N)	(1.040)	(1.121)	(1.049)	(1.885)	(971)	(129)
<i>Tau-b</i>		0,09**			0,17**	

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales.

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Banco de Datos, CIS, Encuesta 2154.

de antipartidismo cultural, pero, en este caso, la relación era extremadamente débil. Respecto al vehículo institucional preferido para canalizar el deseo de cambio, las diferencias entre los entrevistados reactivos pro-partido y anti-partido, así como las diferencias entre los efectos de las dimensiones culturales y reactivas del antipartidismo, fueron incluso más pronunciadas. Entre los que eligieron ítems pro-partido en la escala de orientaciones reactivas, el 87 por ciento estaba de acuerdo con la afirmación de que «votar es la única manera de influir en el gobierno», mientras que los antipartidistas reactivos estaban divididos casi por la mitad, con el 49 por ciento considerando el voto como el único vehículo para influir en el gobierno y el 51 por ciento mostrando su desacuerdo al respecto ($\text{Tau-b} = 0,23$). En claro contraste, no había virtualmente impacto alguno del antipartidismo cultural sobre las preferencias por una u otra de esas opciones ($\text{Tau-b} = 0,03$).

Hasta ahora hemos argumentado que el antipartidismo cultural forma parte de un síndrome más amplio de desafección política, mientras que las actitudes de antipartidismo reactivo son conceptual y empíricamente distintas, y parecen estar asociadas al descontento y a la insatisfacción política con el gobierno. Para determinar los orígenes de estos dos conjuntos de actitudes procedimos a una comparación de varias cohortes de edad, y comprobamos que los sentimientos de antipartidismo cultural son mucho más comunes entre los españoles de mayor edad que entre los jóvenes. Y apuntábamos como hipótesis que esos persistentes «efectos de cohorte» eran el producto de experiencias de socialización en el largo plazo, particularmente de aquellas producidas durante los períodos formativos cruciales en la vida de cada entrevistado. En efecto, las características básicas de esas experiencias variaban mucho entre los grupos de edad: los españoles de las cohortes de mayor edad pasaron sus períodos de socialización formativos cuando los partidos estaban desempeñando papeles que tuvieron consecuencias negativas dramáticas (especialmente durante la Segunda República y la Guerra Civil), o cuando el régimen autoritario franquista no cesaba de denigrar de modo sistemático y con particular saña a los partidos y, más en general, a la democracia liberal. En contraste con este pasado, cabría esperar que las actitudes de los españoles más jóvenes incorporan la huella de imágenes mucho más positivas de los partidos, especialmente a la luz de su protagonismo en el éxito de los procesos de transición y consolidación democráticas. Pero antes de que podamos proponer que esos desarrollos macropolíticos contribuyeron a originar tales sentimientos, es necesario explorar el impacto de otro poderoso agente de socialización: la educación formal. Como es de sobra sabido, el sistema educativo no sólo sirve para transmitir los mensajes de autolegitimación de un régimen (función que, en el caso de España, cambió espectacularmente en los años setenta), sino que propicia también el desarrollo de los recursos intelectuales y técnicos necesarios para el interés, la implicación y la participación política de los ciudadanos. En el caso español, nuestro análisis de la encuesta de 1995 revela que la educación está asociada negativamente con la posesión de actitudes antipartidistas culturales

(Tau-b = -0,19). Los españoles con bajos niveles de educación son, con gran diferencia, mucho más proclives a adoptar una posición antipartidista cultural: el 49 por ciento de quienes mantenían opiniones antipartidistas culturales tenía estudios primarios o no había podido siquiera completarlos, mientras que sólo el 30 por ciento de los que tenían actitudes pro-partido se encontraba en esos niveles educativos inferiores. Este resultado es compatible con nuestra interpretación del antipartidismo cultural como parte de un síndrome de desafección política. Si esto pudiera corroborarse controlando a otras variables que también pudieran tener una cierta influencia, cabría sugerir que la educación tiene un efecto considerable en la construcción del capital social: los ciudadanos con menores destrezas y recursos personales relevantes para la participación se encuentran actitudinalmente al margen de la implicación en política, y la posesión de actitudes antipartidistas culturales es una manifestación de esta desafección política.

Pero, antes de que pueda establecerse una conclusión de este tipo, es necesario separar dos influencias socializantes inequívocamente distintas que en España observan una estrecha correlación entre sí. Las oportunidades educativas de los españoles estuvieron muy limitadas bajo el régimen de Franco, pero se expandieron mucho a partir de los años setenta. Por lo tanto, una posible interpretación de los efectos de cohorte observados anteriormente es que los españoles de mayor edad pueden albergar actitudes más negativas hacia los partidos como consecuencia de sus menores niveles educativos. Pero si los españoles más viejos recibieron en términos agregados niveles de educación formal sustancialmente inferiores a los de sus hijos y nietos, también experimentaron las etapas más formativas de sus vidas precisamente cuando los mensajes antipartidistas se recibían con especial intensidad a través de las trágicas vivencias de la Segunda República y de la Guerra Civil, y que luego fueron masivamente difundidos por el régimen autoritario. Dada la colinearidad entre la escasez de las oportunidades educativas y la intensidad de las experiencias socializadoras, no es posible alcanzar una conclusión sobre la verdadera naturaleza de estos efectos de cohorte sin introducir una variable de «control» en el análisis.

Con el objetivo de separar estos dos distintos procesos de socialización reexaminaremos la relación entre el número de años de educación y el antipartidismo cultural mediante una división de la muestra en dos conjuntos de cohortes de edad: el grupo de edad más joven incluye a quienes fueron más intensamente socializados durante los años finales del franquismo (caracterizados por el desarrollo económico y una cierta liberalización política) y durante la transición a la democracia, mientras que el grupo de mayor edad incluye a aquellos cuyos períodos formativos fundamentales se correspondieron con la Segunda República, la Guerra Civil y los especialmente duros primeros años del régimen franquista. Los resultados, cuyos datos se presentan en la tabla 8, muestran que ambos tipos de sociali-

TABLA 8

Sentimientos antipartidistas y nivel educativo en España, 1995*
(en porcentajes horizontales)

Nivel educativo	Dimensión cultural				Dimensión reactiva			
	Pro-partido	Neutral	Anti-partido	(N)	Pro-partido	Neutral	Anti-partido	(N)
a) Cohorte más joven								
Sin educación	26	26	47	(49)	62	31	7	(45)
Primaria	23	37	40	(419)	65	31	4	(368)
Secundaria	30	35	35	(735)	60	35	6	(697)
Bachillerato superior o equivalente	38	36	26	(567)	57	38	5	(554)
Universitario	53	33	14	(390)	61	35	4	(378)
Tau-b		-0,20**				0,03		
b) Cohorte más vieja								
Sin educación	18	38	44	(204)	77	21	3	(160)
Primaria	27	31	42	(608)	71	26	3	(343)
Secundaria	31	33	36	(115)	64	31	4	(112)
Bachillerato superior o equivalente	22	41	37	(82)	70	24	5	(74)
Universitario	44	33	22	(90)	60	38	2	(85)
Tau-b		-0,10**				0,08**		

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales. *Sin educación* incluye a analfabetos y a quienes nunca han asistido a la escuela pero pueden leer; *primaria* incluye la educación básica completa o incompleta; *secundaria* incluye el bachillerato elemental completo y la formación profesional de primer grado; *bachillerato superior o equivalente* incluye el bachillerato superior y la formación profesional de segundo grado; y *universitario* incluye estudios universitarios de grado medio o superior completos e incompletos.

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Banco de Datos, CIS, Encuesta 2154.

zación tuvieron un impacto sobre el desarrollo de actitudes antipartidistas culturales; pero el número de años de educación formal tiene, y con gran diferencia, el impacto más fuerte. Dentro de cada grupo de edad, cuanto mayor educación tiene el entrevistado, menos probable es que manifieste actitudes antipartidistas culturales. Este resultado es particularmente interesante, puesto que resulta menos probable que los entrevistados de mayor edad y mejor educados tengan actitudes negativas hacia los partidos que los jóvenes menos educados, a pesar de que estuvieran expuestos a mayor número de años de socialización antidemocrática y antipartidista a través del sistema educativo del régimen autoritario. Esto proporciona alguna evidencia empírica a la generalizada opinión sobre la propensión de la mayoría de los estudiantes españoles (al menos en los años sesenta y setenta) a no tomarse en serio los esfuerzos de socialización intencional de la dictadura.

En cambio, y algo paradójicamente, el principal legado del anterior régimen en términos de actitudes antipartidistas culturales parece provenir del intenso subdesarrollo educativo sufrido hasta los años setenta, que a su vez está relacionado con un considerable déficit en la distribución de recursos participativos entre los ciudadanos españoles.

Un examen de la relación entre la educación y el antipartidismo reactivo produce una imagen muy diferente. En sentido contrario a las afirmaciones de quienes describen las actitudes críticas hacia los partidos como el producto exclusivo de una mayor familiaridad con sus defectos y comportamientos inadecuados (lo que supondría encontrar sentimientos antipartidistas más fuertes entre los mejor educados), los datos de la tabla 8 revelan que el nivel de educación formal no está consistente o significativamente asociado a tales actitudes. Las experiencias de socialización informal durante la adolescencia también diferencian los orígenes del antipartidismo reactivo frente a los del antipartidismo cultural. Existe una fuerte asociación negativa entre la frecuencia de discusión sobre política dentro de la familia cuando el entrevistado era un niño y el desarrollo de actitudes antipartidistas culturales. Según una encuesta de 1997¹⁶, el 59 por ciento de quienes tenían actitudes antipartidistas culturales nunca había discutido de política con otros miembros de su familia cuando eran niños, frente a sólo el 35 por ciento de los que tenían actitudes pro-partido ($\text{Tau-b} = -0,18$). Respecto al antipartidismo reactivo, no existe relación estadísticamente significativa entre las dos variables ($\text{Tau-b} = 0,02$).

Pueden observarse signos adicionales de la ausencia de implicación política de quienes mantienen actitudes antipartidistas culturales en su escasa exposición a la información política a través de los medios de comunicación o a través de discusiones políticas con otras personas. Como puede verse en la tabla 9, existe una asociación negativa significativa y fuerte entre el antipartidismo cultural y la frecuencia con que los entrevistados leen periódicos ($\text{Tau-b} = -0,23$) y discuten de política con otros ($\text{Tau-b} = -0,21$). Es también significativamente menos probable que las personas con actitudes antipartidistas culturales vean programas de televisión y escuchen programas de radio de contenidos políticos, aunque las relaciones sean de una menor intensidad ($\text{Tau-b} = -0,10$ y $-0,12$, respectivamente). Una vez más, los correlatos del antipartidismo reactivo son diferentes de los de la dimensión cultural. Sólo la exposición a los informativos de televisión tiene una asociación negativa estadísticamente significativa con las actitudes antipartidistas reactivas ($\text{Tau-b} = -0,06$). Las frecuencias de exposición a otras fuentes de información política son estadísticamente insignificantes, y con respecto a la discusión política y a la lectura de noticias políticas en la prensa de signo contrario.

¹⁶ Se trata de la encuesta 2240 del CIS.

TABLA 9

Sentimientos antipartidistas y exposición a la información política en España, 1995*
(en porcentajes)

Frecuencia de exposición	Dimensión cultural			Dimensión reactiva		
	Pro-partido	Neutral	Anti-partido	Pro-partido	Neutral	Anti-partido
<i>Lee noticias políticas en los periódicos</i>						
Todos los días o varios días a la semana	37	25	16	27	29	21
Una vez a la semana	25	22	16	22	24	14
A veces	11	12	13	12	13	9
Nunca/casi nunca	27	41	55	39	35	55
(N)	(1.054)	(1.137)	(1.091)	(1.927)	(981)	(131)
<i>Tau-b</i>		-0,23**			0,01	
<i>Ve programas de noticias en la televisión</i>						
Todos los días o varios días a la semana	57	48	44	52	49	38
Una vez a la semana	20	20	18	20	20	18
A veces	11	12	12	11	11	13
Nunca/casi nunca	14	19	25	16	20	31
(N)	(1.051)	(1.136)	(1.087)	(1.921)	(929)	(130)
<i>Tau-b</i>		-0,10**			-0,06**	
<i>Escucha programas de noticias en la radio</i>						
Todos los días o varios días a la semana	34	26	22	30	28	21
Una vez a la semana	16	16	13	15	15	14
A veces	9	13	11	11	11	13
Nunca/casi nunca	41	45	54	45	46	52
(N)	(1.053)	(1.135)	(1.091)	(1.924)	(981)	(131)
<i>Tau-b</i>		-0,12**			-0,02	
<i>Discute de política</i>						
Todos los días o varios días a la semana	21	11	10	14	16	12
Una vez a la semana	26	21	13	21	22	24
A veces	26	25	24	25	28	23
Nunca/casi nunca	28	43	54	40	33	52
(N)	(1.037)	(1.134)	(1.080)	(1.907)	(971)	(131)
<i>Tau-b</i>		-0,21**			0,03	

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales.

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Banco de Datos, CIS, Encuesta 2154.

¿En qué medida se encuentran estas actitudes vinculadas con el apoyo a la democracia?
En la tabla 10 se presentan datos que muestran la relación entre ambos tipos de antipartidismo y un indicador que pide al entrevistado que elija entre las opciones siguientes: «la

TABLA 10

Sentimientos antipartidistas y apoyo a la democracia en España, 1995*
(en porcentajes)

Apoyo a la democracia	Dimensión cultural			Dimensión reactiva		
	Pro-partido	Neutral	Anti-partido	Pro-partido	Neutral	Anti-partido
Democracia es preferible	88	82	66	83	77	61
Régimen autoritario a veces es preferible	7	10	14	8	13	21
No hay diferencia	5	8	20	9	11	18
(N)	(1.037)	(1.113)	(1.054)	(1.878)	(963)	(124)
<i>Tau-b</i>		-0,20**			-0,10	

* Las categorías «no sabe» y «no contesta» se han excluido del cálculo de los porcentajes verticales.

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Banco de Datos, CIS, Encuesta 2154.

democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno»; «en algunas circunstancias, un régimen autoritario, una dictadura, puede ser preferible al sistema democrático», y «a la gente como yo, lo mismo nos da un régimen que otro». La conclusión más llamativa es que una mayoría abrumadora de los españoles apoya la democracia al margen de sus actitudes hacia los partidos. Sin embargo, es también evidente que ambos tipos de sentimientos antipartidistas están asociados con niveles menores de apoyo a la democracia (*Tau-b* = -0,20 y -0,10, respectivamente) (véase también Linz, 2002).

SENTIMIENTOS ANTIPARTIDISTAS EN PORTUGAL, ITALIA Y GRECIA

¿Hasta qué punto los correlatos actitudinales y los probables orígenes del antipartidismo son los mismos en los restantes países del sur de Europa? La presencia de pautas similares en los otros tres países de la región, que cuentan obviamente con diferentes experiencias históricas y culturas políticas, reforzaría en buena medida la validez de las dimensiones actitudinales que estamos explorando en este artículo. En la tabla 11 presentamos algunos de los correlatos del antipartidismo cultural en Portugal, Italia y Grecia. A nuestro juicio, las similitudes entre estas relaciones (y su comparabilidad con los datos españoles presentados anteriormente) son llamativas. Los vínculos más fuertes se establecen entre las actitudes antipartidistas culturales y las cuatro variables que, de acuerdo con nuestros trabajos antes citados, estimamos pertenecen a un síndrome más amplio de desafección política: esas variables in-

TABLA 11

Correlatos (*Tau-b*) de sentimientos antipartidistas culturales en Portugal, Italia y Grecia, 1985

Indicadores	Portugal	Italia	Grecia
Eficacia política*			
A los políticos no les interesa la gente como yo	0,23**	0,22**	0,25**
La política es demasiado complicada	0,29**	0,27**	0,31**
Los que están en el poder sólo buscan sus intereses	0,25**	0,32**	0,38**
Interés por la política	-0,30**	-0,30**	-0,28**
Exposición a la información política			
Frecuencia de lectura de periódicos	-0,18**	-0,15**	-15**
Frecuencia de seguimiento de noticias por radio	-0,08**	-0,03	-0,01
Frecuencia de seguimiento de noticias por televisión	-0,09**	0,04	0,05**
Actitudes reformistas hacia el cambio social	-0,09**	-0,01	-0,06**
Nivel educativo	-0,17**	-0,18**	-0,17**
Apoyo a la democracia	-0,06**	-0,08**	-0,10**
Evaluación de anteriores regímenes autoritarios	0,17**	0,13**	0,32**

* La redacción literal de los ítems del cuestionario era: «a los políticos no les interesa lo que piensa la gente como yo»; «la política es tan complicada que la gente como yo no puede entender lo que está pasando», y «los que están en el poder sólo buscan sus propios intereses personales».

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Estudio de cuatro naciones, Banco de Datos, CIS.

cluyen tres medidas de eficacia política y la descripción por el entrevistado de su propio nivel de interés por la política. En los tres países, quienes mantienen actitudes antipartidistas culturales están sustancialmente menos interesados por la política. Además, las diferencias en el nivel de interés político entre los entrevistados anti- y pro-partido son ciertamente notables: 39 frente a 77 por ciento en Grecia, 9 frente a 41 por ciento en Portugal, 21 frente a 59 por ciento en Italia. Los ciudadanos con actitudes antipartidistas culturales tienen una menor eficacia política interna, son más cínicos respecto a los políticos y leen periódicos con menor frecuencia. La única diferencia con los resultados obtenidos para el caso español radica en la falta de relación entre las actitudes antipartidistas y la exposición a la televisión, así como en la debilidad de su relación con la audición de radio; una diferencia que se debe probablemente a distintas redacciones de los ítems del cuestionario¹⁷. Con respecto a los orígenes de estos tipos de actitudes, cabe señalar su intensa relación con niveles bajos de educación y con

¹⁷ Los ítems relevantes en el *Estudio de cuatro naciones*, de 1985, preguntaban simplemente sobre la frecuencia con la que los entrevistados veían la televisión y escuchaban la radio, no sobre la frecuencia con la que seguían las noticias políticas en la televisión y en la radio. Dado que la mayoría de los programas en ambos medios carece de contenidos políticos, esa distinta redacción habrá debilitado con toda seguridad la relación. El caso de la lectura de periódicos es diferente, ya que la información política domina las noticias recogidas en la prensa.

una evaluación positiva de los anteriores regímenes autoritarios en los tres países. Por lo tanto, parece existir evidencia *prima facie* de que la hipótesis que apuntamos sobre los orígenes de esas actitudes en el caso español, radicados en experiencias de socialización tempranas, resulta apropiada para explicar su aparición también en estos otros países.

De modo similar, los resultados del análisis del caso español sobre el antipartidismo reactivo son también consistentes con los obtenidos en Portugal, Italia y Grecia. Como puede observarse en la tabla 12, no hay relación significativa entre esas orientaciones y la exposición a la radio, a la televisión o a la prensa, mientras que su asociación con el nivel educativo del entrevistado es extremadamente débil. La única diferencia digna de mención con los resultados españoles es que en Italia hay una relación de intensidad moderada entre el antipartidismo reactivo y bajos niveles de interés por la política, altos niveles de ineficacia política y preferencia por reformas sociales moderadas. En resumen, en Italia existe cierto solapamiento entre los tipos reactivo y cultural de antipartidismo. Estas relaciones son mucho más débiles en Grecia e inexistentes en Portugal. Por lo tanto, con la excepción parcial del caso italiano (que

TABLA 12

Correlatos (*Tau-b*) de sentimientos antipartidistas reactivos en Portugal, Italia y Grecia, 1985

Indicadores	Portugal	Italia	Grecia
Eficacia política*			
A los políticos no les interesa la gente como yo	0,01	0,11**	0,04
La política es demasiado complicada	0,00	0,03	-0,01
Los que están en el poder sólo buscan sus intereses	0,07	0,12	0,04
Interés por la política	0,01	-0,11**	-0,07**
Exposición a la información política			
Frecuencia de lectura de periódicos	0,05	-0,01	0,01
Frecuencia de seguimiento de noticias por radio	0,05	-0,00	-0,03
Frecuencia de seguimiento de noticias por televisión	0,02	-0,04	-0,04
Actitudes reformistas hacia el cambio social	0,03	0,11**	0,08**
Nivel educativo	0,03	0,04**	0,05
Apoyo a la democracia	-0,15**	-0,14**	-0,06**
Evaluación de anteriores regímenes autoritarios	0,13**	0,09**	0,09**

* La redacción literal de los ítems del cuestionario era: «a los políticos no les interesa lo que piensa la gente como yo»; «la política es tan complicada que la gente como yo no puede entender lo que está pasando», y «los que están en el poder sólo buscan sus propios intereses personales».

** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Estudio de cuatro naciones, Banco de Datos, CIS.

cabría explicar como consecuencia de determinados rasgos específicos de la política italiana a mediados de los años ochenta)¹⁸, estos resultados proporcionan una nueva corroboración de que el antipartidismo reactivo no forma parte del síndrome de desafección política. Y, por último, y como en el caso del antipartidismo cultural, existe una relación de intensidad moderada entre estas orientaciones negativas hacia los partidos y las evaluaciones positivas del régimen autoritario previo, así como con menores niveles de apoyo a la democracia.

En definitiva, estos resultados confieren cierta solidez a nuestra afirmación anterior de que los dos tipos de sentimientos antipartidistas analizados son conceptual y empíricamente distintos. Estas pautas se observan de modo consistente en los cuatro países del sur de Europa, pese a las diferencias existentes en sus pasados históricos y sus culturas políticas (e incluso a alguna divergencia adicional en la redacción de los cuestionarios, que podría haber contribuido a debilitar nuestras medidas de asociación estadística). En todas ellas, los sentimientos antipartidistas culturales son parte de un amplio síndrome de desafección política, mientras que el antipartidismo reactivo parece estar asociado con el descontento político y, en particular, con la insatisfacción por los rendimientos del gobierno.

LAS CONSECUENCIAS DE LOS SENTIMIENTOS ANTIPARTIDISTAS SOBRE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Se ha dicho con frecuencia que los sentimientos antipartidistas, o, en general, la crisis de confianza en las instituciones políticas de las democracias contemporáneas, pueden tener graves consecuencias para la calidad de la democracia. Entre esas consecuencias han solido citarse las relativas a la erosión de los vínculos psicológicos de los votantes con los partidos, el descenso de la participación electoral, el incremento de la volatilidad electoral, el declive del número de afiliados a los partidos y el aumento del apoyo a partidos antisistema (Poguntke, 1996). ¿En qué medida es realmente así? ¿Qué impacto diferencial tienen las dos actitudes antipartidistas examinadas sobre las principales facetas de la participación política?

Las tablas 13 y 14 presentan los datos que hemos seleccionado para medir las relaciones entre las actitudes antipartidistas y ocho aspectos diferentes de la participación polí-

¹⁸ En el momento en que se estaba realizando la encuesta de 1985, seguía sin haberse producido alternancia en el gobierno desde finales de los años cuarenta. La Democracia Cristiana había gobernado sin interrupción desde entonces, y los partidos de oposición de la izquierda (el Partito Comunista Italiano) y de la derecha (el Movimento Sociale Italiano) habían estado permanentemente excluidos del poder. Es lógico esperar, por lo tanto, que, como en el caso de los seguidores de los partidos de oposición en cualquier otro país, sus votantes hayan adoptado actitudes antipartidistas coyunturales. Sin embargo, en el caso italiano el electorado de esos dos partidos incluía individuos más profundamente alienados: el MSI era explícitamente un partido antisistema y el PCI había mantenido también hasta fechas recientes una posición antisistema. Por lo tanto, la divisoria entre los seguidores de los partidos de gobierno y de oposición en Italia era más profunda, tenía significados adicionales y resultaba más dura de lo habitual en los países que habían experimentado alternancias en el poder y carecían de partidos antisistema.

TABLA 13

Relaciones entre el antipartidismo cultural y las formas de participación política
en Europa del Sur, 1985

Participación	España	Portugal	Italia	Grecia
Participación electoral	-0,05	-0,05	0,00	-0,07***
Voto al partido del gobierno*	-0,02	-0,06	-0,09***	-0,11***
Voto a un partido antisistema**	—	-0,12***	-0,08***	-0,09***
Identificación partidista	-0,09***	-0,03	-0,12***	-0,09***
Pertenencia a asociaciones secundarias	-0,11***	-0,02	-0,12***	-0,12***
Escala de participación convencional	-0,19***	-0,25***	-0,21***	-0,15***
Escala de participación no convencional	-0,33***	-0,24***	-0,15***	-0,21***
Participación en protestas violentas	-0,16***	-0,17***	-0,01	-0,10***

* En España era el PSOE; en Portugal, el Partido Socialista; en Italia, la Democracia Cristiana; y en Grecia, el PASOK. Los abstencionistas se han excluido de este análisis, aunque los que votaron en blanco o de modo no válido se contaron como votos contra el partido de gobierno.

** Se han excluido a quienes no votaron y votaron en blanco o de modo no válido. En Portugal incluye los votos del PCP; en Italia, del MSI; y en Grecia, del KKE. España ha sido excluida porque el apoyo a partidos antisistema es estadísticamente insignificante.

*** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Estudio de cuatro naciones, Banco de Datos, CIS.

tica¹⁹. La tabla 13 muestra los coeficientes que miden la asociación entre estas diversas formas de participación política y la variedad cultural de antipartidismo. Como puede comprobarse, las actitudes antipartidistas culturales están asociadas con todas y cada una de las formas de participación recogidas (excepto con la de votar, lo que no deja de ser sorprendente dado el importante papel desempeñado por los partidos en la movilización del voto durante las campañas electorales). En los cuatro países, los entrevistados con actitudes antipartidistas culturales suelen carecer de identificación con los partidos, no participan en asociaciones secundarias, propenden en mayor medida a votar a partidos antisiste-

¹⁹ Esos aspectos incluyen la participación electoral, distinguiendo entre quienes votaron y se abstuvieron; la opción electoral por el partido del gobierno en los cuatro países o por los respectivos partidos en mayor o menor medida antisistema en Portugal, Italia y Grecia; la identificación partidista, dada su estrecha relación con el comportamiento político (para la que construiremos una medida basada en una escala de cinco puntos, en la que el 1 indica que el entrevistado se considera a sí mismo como muy cercano a un partido y el 5 refleja una gran distancia psicológica respecto a los partidos); la afiliación a varios tipos de asociaciones secundarias, incluyendo organizaciones culturales, religiosas, partidistas, profesionales, sindicales o recreativas; la escala de participación política convencional recoge las actividades de trabajar para un partido, asistir a mítines, intentar influir en el sentido del voto de otros y seguir la vida política a través de los medios de comunicación; la escala de la toda vía usualmente denominada participación no convencional incluye implicación en huelgas, manifestaciones y sentadas; y la participación en las protestas ilegales o violentas supone cortes de tráfico, destrucción de propiedades o pintadas en lugares públicos.

TABLA 14

Relaciones entre el antipartidismo reactivo y las formas de participación política
en Europa del Sur, 1985

Participación	España	Portugal	Italia	Grecia
Participación electoral	-0,01	0,03	-0,02	-0,02
Voto al partido del gobierno*	-0,13***	-0,05	-0,01	-0,08***
Voto a un partido antisistema**	—	0,05	0,02	0,00
Identificación partidista	-0,08***	-0,05	-0,11***	-0,07***
Pertenencia a asociaciones secundarias	0,00	-0,04	0,03	0,04
Escala de participaciones convencionales	-0,10***	0,03	-0,05***	-0,07***
Escala de participación no convencional	-0,23***	-0,02	-0,04	-0,02
Participación en protestas violentas	-0,04	0,01	0,06	0,08

* En España era el PSOE; en Portugal, el Partido Socialista; en Italia, la Democracia Cristiana; y en Grecia, el PASOK. Los abstencionistas se han excluido de este análisis, aunque los que votaron en blanco o de modo no válido se contaron como votos contra el partido de gobierno.

** Se han excluido a quienes no votaron y votaron en blanco o de modo no válido. En Portugal incluye los votos del PCP; en Italia, del MSI; y en Grecia, del KKE. España ha sido excluida porque el apoyo a partidos antisistema es estadísticamente insignificante.

*** Significativo al 0,01.

FUENTE:

Estudio de cuatro naciones, Banco de Datos, CIS.

ma y se abstienen de tomar parte en formas de participación política y protesta tanto convencionales como no convencionales. La única diferencia reseñable es que el antipartidismo cultural está estrechamente asociado con el voto contra el partido del gobierno en Grecia e Italia, pero no en los otros dos países. Pero en todos los casos es notable la asociación negativa y moderadamente fuerte entre las orientaciones antipartidistas culturales y la implicación en todas las formas de participación política no partidista. Estos datos vuelven a reafirmar nuestra hipótesis de que los sentimientos antipartidistas culturales, más que reflejar una preferencia por otros canales de participación política, manifiestan ante todo niveles generalizados de pasividad y desafección frente a la política en general.

Por su parte, las consecuencias del antipartidismo reactivo sobre la participación son más fáciles de interpretar (tabla 14): con algunas excepciones, no existe ninguna. De un modo también llamativo, en ninguno de los cuatro países surgen asociaciones estadísticamente significativas entre el antipartidismo reactivo con la participación electoral, la afiliación a asociaciones secundarias o la participación en protestas ilegales. Y su relación con las escalas de participación convencional y no convencional muestra también coeficientes de

asociación (con la excepción de España) débiles o inexistentes. Resulta asimismo destacable la debilidad de la relación entre estos sentimientos antipartidistas y la proximidad psicológica a los partidos. Las únicas consecuencias significativas de la presencia de actitudes antipartidistas reactivas sobre la participación parecen centrarse en la propensión a votar contra el partido de gobierno en España y Grecia, así como en la participación no convencional en España²⁰. Dejando a un lado estas dos excepciones, el impacto conjunto de las actitudes antipartidistas reactivas sobre la calidad de la vida democrática es virtualmente nula. Los ciudadanos que mantienen tales actitudes negativas hacia los partidos no es menos probable que voten, se afilien a organizaciones políticas y sociales, se impliquen a través de distintas formas de actividad política convencional y no convencional, y es sólo ligeramente menos probable que se identifiquen psicológicamente con los partidos.

CONCLUSIONES

En este artículo hemos explorado las actitudes antipartidistas de los ciudadanos como un importante componente del supuesto declive de los partidos. Mediante el análisis de datos de distintas encuestas realizadas a lo largo de más de una década, hemos descartado la pauta de un incremento en los niveles de sentimientos antipartidistas en los cuatro países del sur de Europa. La evolución de las orientaciones antipartidistas parece ser un fenómeno específico de cada país. Por otra parte, hemos distinguido dos dimensiones diferentes en el tradicionalmente considerado como único bloque de las actitudes antipartidistas. Nos hemos referido a la primera como antipartidismo *cultural*. Son actitudes caracterizadas por su estabilidad a lo largo del tiempo, y vinculadas tanto con bajos niveles de educación y cotas reducidas de información política como a un síndrome más amplio de desafección política. El que hemos denominado antipartidismo *reactivo*, en cambio, no parece estar asociado a experiencias de socialización primaria, al grado de educación o al nivel de información política, sino a circunstancias políticas coyunturales, especialmente a las del nivel de satisfacción del entrevistado con el gobierno y con el partido que lo apoya. En consecuencia, estas actitudes suelen experimentar fluctuaciones que contrastan con la estabilidad básica de la dimensión cultural del antipartidismo.

Estas dos variedades de actitudes hacia los partidos tienen también diferentes implicaciones para la participación política. Mientras que el impacto del antipartidismo reactivo sobre

²⁰ En el caso de España, esta excepción se ajusta a las frecuentes olas de manifestaciones y protestas que jalonaron la participación de los españoles en la mitad de los años ochenta (Orizo, 1983: 232, y 1991: 163; y Álvarez Junco, 1994). De ahí que la frecuencia de las protestas no convencionales podría interpretarse como una respuesta lógica a la falta de confianza en los partidos como vehículos para la participación política y la expresión de demandas. De ahí también que la ausencia de esa relación en los otros tres países resulte aún más enigmática.

la participación electoral es débil, el antipartidismo cultural tiene efectos de largo alcance sobre las vinculaciones psicológicas con los partidos y las diversas formas de participación convencional. Es particularmente llamativo que, en contraste con los resultados de algunos estudios (por ejemplo, Scarrow, 1996b), el antipartidismo cultural en el sur de Europa esté también unido a bajos niveles de participación política no convencional. Ello refuerza nuestra conclusión de que este tipo de antipartidismo parece formar parte de un síndrome general de apatía y desafección políticas, en el que muchos ciudadanos permanecen distantes de las élites políticas y al margen de la política. En este sentido, se trata de un fenómeno que puede afectar negativamente la calidad de la democracia. Al mismo tiempo, sin embargo, debe señalarse que las actitudes antipartidistas no están asociadas a niveles débiles de apoyo a la democracia o a apoyos significativos a partidos antisistema. Aunque las actitudes antipartidistas tengan implicaciones relevantes para la calidad de los vínculos entre los ciudadanos y las élites políticas, y el modo de control que los primeros ejercen sobre las segundas, no afectan a la estabilidad del propio régimen democrático.

(Traducción de Luis Ramiro.)

REFERENCIAS

- AGUILAR, P. (1996): *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid: Alianza Editorial.
- ALDRICH, J. H. (1995): *Why Parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*, Chicago: The University of Chicago Press.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1994): «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista», en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- BRUNEAU, T. (ed.) (1997): *Political Parties and Democracy in Portugal: Organizations, Elections and Public Opinion*, Boulder: Westview Press.
- BRUNEAU, T., y BACALHAU, M. (1978): *Os portugueses e a política quatro anos depois do 25 de Abril*, Lisboa: Medseta.
- BRUNEAU, T., y MacLEOD, A. (1986): *Politics in Contemporary Portugal: Parties and the Consolidation of Democracy*, Boulder: Lynne Rienner.
- BRUNEAU, T., et al. (2001): «Democracy: Southern European Style?», en P. N. Diamandouros y R. Gunther (eds.), *Parties, Politics and Democracy in the New Southern Europe*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- CLARKE, H. D., y SUZUKI, M. (1994): «Partisan Dealignment and the Dynamics of Independence in the American Electorate, 1953-1988», *British Journal of Political Science*, 24: 57-78.
- CLARKE, H. D., y STEWART, M. C. (1998): «The Decline of Parties in the Mind of Citizens», *Annual Review of Political Science*, 1: 357-78.
- CONVERSE, Ph. (1969): «Of Time and Partisan Stability», *Comparative Political Studies*, 2: 139-171.

- DAALDER, H. (próxima publicación): «Parties: Denied, Dismissed or Redundant», en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford: Oxford University Press.
- DALTON, R. J. (1996): *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Western Democracies*, Chatham, NJ: Chatham House, 2.ª ed.
- (1999): «Political Support in Advanced Industrial Democracies», en P. Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*, Oxford: Oxford University Press.
- DALTON, R. J.; FLANAGAN, S. C., y BECK, P. A. (eds.) (1984): *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*, Princeton: Princeton University Press.
- DALTON, R. J.; McALLISTER, I., y WATTENBERG, M. P. (2000): «The Consequences of Partisan Dealignment», en R. J. Dalton y M. P. Wattenberg (eds.), *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford: Oxford University Press.
- DALTON, R. J., y WATTENBERG, M. P. (eds.) (2000): *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford: Oxford University Press.
- DE MIGUEL, A. (1993): *La sociedad española, 1993-1994. Informe sociológico de la Universidad Complutense*, Madrid: Alianza.
- DIAMANDOUROS, P. N. (1994): *Cultural Dualism and Political Change in Postauthoritarian Greece*, Madrid: Instituto Juan March, Estudio/Working Paper 50.
- EILFORT, M. (1995): «Politikverdrossenheit and the Non-voter», *German Politics*, 4: 111-119.
- GABRIEL, O. W. (1996): «The Confidence Crisis in Germany», ponencia presentada en la conferencia sobre *The Erosion of Confidence in Advanced Democracies*, Society of Comparative Research y Université Libre de Bruxelles, Bruselas.
- GUNTHER, R., y MONTERO, J. R. (2000): *Legitimacy, Satisfaction and Disaffection in New Democracies*, Studies in Public Policy 0140-8240, Glasgow: Centre for the Study of Public Policy, University of Strathclyde.
- IMMERFALL, S. (1993): «German Party Sociology in the Nineties: On the State of a Discipline in Times of Turmoil», *European Journal for Political Research*, 23: 465-82.
- KLINGEMANN, H.-D., y FUCHS, D. (eds.) (1995): *Citizens and the State*, Oxford: Oxford University Press.
- KROSNICK, J. A., y ALWIN, D. F. (1989): «Aging and Susceptibility to Attitude Change», *Journal of Personality and Social Psychology*, 57: 416-425.
- LAWSON, K., y MERKL, P. (eds.) (1988): *When Parties Fail: Emerging Alternative Organizations*, Princeton: Princeton University Press.
- LINZ, J. J. (2002): «Parties in Contemporary Democracies: Problems and Paradoxes», en R. Gunther, J. R. Montero y J. J. Linz (eds.), *Political Parties: old concepts and new challenges*, Oxford: Oxford University Press.
- LIPSET, S. M., y SCHNEIDER, W. (1983): *The Confidence Gap*, Nueva York: The Free Press.
- LISTHAUG, O., y WIBERG, M. (1995): «Confidence in Political and Private Institutions», en H.-D. Klingemann y D. Fuchs (eds.), *Citizens and the State*, Oxford: Oxford University Press.
- MAIR, P. (1995): «Political Parties, Popular Legitimacy and Public Privilege», *West European Politics*, 18: 40-57.
- (1997): *Party System Change. Approaches and Interpretations*, Oxford: Oxford University Press.

- MARAVALL, J. M. (1984): *La política de la transición*, Madrid: Taurus, 2.ª ed.
- (1997): *Regimes, Politics, and Markets. Democratization and Economic Change in Southern and Eastern Europe*, Oxford: Oxford University Press.
- MENDRINOU, M., y NICOLACOUPOLOS, I. (1997): «Interests, Parties and Discontent in the Public Mind: Sympathy Scores for Greek Parties and Interest Groups», ponencia presentada en las *Joint Sessions of the European Consortium for Political Research*, Berna.
- MILLER, W. E., y SHANKS, J. M. (1996): *The New American Voter*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MONTERO, J. R. (1992): *Sobre la democracia en España: legitimidad, apoyos institucionales y significados*, Madrid: Instituto Juan March, Estudio/Working Paper 39.
- MONTERO, J. R.; GUNTHER, R., y TORCAL, M. (1997): «Democracy in Spain: Legitimacy, Discontent and Disaffection», *Studies in Comparative International Development*, 32: 124-160.
- MUDDE, C. (1996): «The Paradox of the Antiparty Party: Insights From the Extreme Right», *Party Politics*, 2: 265-276.
- MÜLLER, W. C. (1993): «After the "Golden Age": Research into Austrian Political Parties since the 1980s», *European Journal of Political Research*, 23: 439-463.
- NEWCOMB, T. M., et al. (1967): *Persistence and Change: Bennington College and its Students after Twenty-five Years*, Nueva York: Wiley.
- NOELLE-NEUMANN, E. (1994): «Left and Right as Categories for Determining the Political Position of the Parties and the Population in Germany», ponencia presentada en el Symposium sobre *Political Parties: Changing Role in Contemporary Democracies*, Instituto Juan March, Madrid.
- NORRIS, P. (ed.) (1999a): *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*, Oxford: Oxford University Press.
- (1999b): «Conclusions: The Growth of Critical Citizens and its Consequences», en P. Norris (ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*, Oxford: Oxford University Press.
- NYE, J.; ZELIKOW, Ph. D., y KING, D. C. (eds.) (1997): *Why People Don't Trust Government*, Cambridge: Harvard University Press.
- ORIZO, F. A. (1983): *España entre la apatía y el cambio*, Madrid: MAPFRE.
- (1991): *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta Europea de Valores*, Madrid: Fundación Santa María.
- PHARR, S. J., y PUTNAM, R. D. (eds.) (2000): *Disaffected Democracies: What's Troubling the Trilateral Countries?*, Princeton: Princeton University Press.
- POGUNTKE, T. (1996): «Antiparty Sentiment: Conceptual thoughts and Empirical Evidence: Explorations into a Minefield», *European Journal of Political Research*, 29: 319-344.
- POGUNTKE, T., y SCARROW, S. E. (1996): «The Politics of Antiparty Sentiment: Introduction», *European Journal of Political Research*, 29: 319-344.
- PRADERA, J. (1996): «La maquinaria de la democracia. Los partidos en el sistema político español», en J. Tusell, E. Lamo de Espinosa y R. Pardo (eds.), *Entre dos siglos: reflexiones sobre la democracia española*, Madrid: Alianza Editorial.

PUTNAM, R. D.; PHARR, S. J., y DALTON, R. J. (2000): «Introduction: What's Troubling the Trilateral Democracies?», en S. J. Pharr y R. D. Putnam (eds.), *Disaffected Democracies. What's Troubling the Trilateral Countries?*, Princeton: Princeton University Press.

REITER, H. L. (1989): «Party Decline in the West: A Skeptic's View», *Journal of Theoretical Politics*, 1: 325-348.

SANI, G. (1992): «Comportamientos de masas y modelos de ciudadano», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 13: 25-47.

SANI, G., y SEGATTI, P. (2001): «Antiparty Politics and the Restructuring of the Italian Party System», en P. N. Diamond y R. Gunther (eds.), *Parties, Politics, and Democracy in the New Southern Europe*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

SCARROW, S. E. (1996): «Politicians Against Parties: Antiparty Arguments as Weapons for Change in Germany», *European Journal of Political Research*, 29: 297-317.

SCHEDLER, A. (1996): «Antipolitical-establishment Parties», *Party Politics*, 2: 291-312.

SCHMITT, H., y HOLMBERG, S. (1995): «Political Parties in Decline?», en H.-D. Klingemann y D. Fuchs (eds.), *Citizens and the State*, Oxford: Oxford University Press.

SCHMITTER, P. C., y KARL, T. (1991): «Modes of Transition in Latin America, Southern and Eastern Europe», *International Journal of Social Science*, 128: 269-284.

SEGATTI, P. (1998): «Gli atteggiamenti antipartito: un fenomeno evidenti a tutti ma forse non compreso da molti». Manuscrito.

SELLE, P., y SVÅSAND, L. (1991): «Membership in the Party Organizations and the Problem of Decline of Parties», *Comparative Political Studies*, 23: 459-77.

STRØM, K., y SVÅSAND, L. (1997): *Challenges to Political Parties. The Case of Norway*, Ann Arbor: The University of Michigan Press.

TAGGART, P. (1994): «Riding the Wave: New Populist Parties in Western Europe», ponencia presentada en las *Joint Sessions of the European Consortium for Political Research*, Madrid.

TORCAL, M. (2000): *Political Disaffection in New Democracies*. Manuscrito.

— (2001): «La desafección en las nuevas democracias del sur de Europa y Latinoamérica», *Instituciones y Desarrollo*, 8-9: 229-279.

WATTENBERG, M. P. (1990): *The Decline of American Political Parties: 1952-1988*, Cambridge: Harvard University Press.

WEBB, P. D. (1995): «Are British Political Parties in Decline?», *Party Politics*, 1: 299-322.

WERT, J. I. (1996): «Sobre cultura política: legitimidad, desafección y malestar», en J. Tusell, E. Lamo de Espinosa y R. Pardo (eds.), *Entre dos siglos: reflexiones sobre la democracia española*, Madrid: Alianza Editorial.

WIESENDAHL, E. (1998): «The Present State and Future Prospects of the German *Volksparteien*», *German Politics*, 7: 151-175.

ABSTRACT

While it has often been noted that antiparty attitudes appear to be widespread among the electorates of established democracies, these attitudes have rarely been analysed empirically. We have found in this study of four democracies in Southern Europe that antiparty orientations are of two distinct types. One set of attitudes, which we refer to as «reactive antipartyism», change over time in response to short-term political circumstances. The other dimension, «cultural antipartyism», consists of attitudes that have remained remarkably stable over time and tend to be held by persons of low educational attainment. While there are few behavioral correlates of reactive antipartyism, cultural antipartyism is strongly linked to general marginalization from political life and low exposure to political information, and appears to be part of a broader syndrome of political disaffection.
